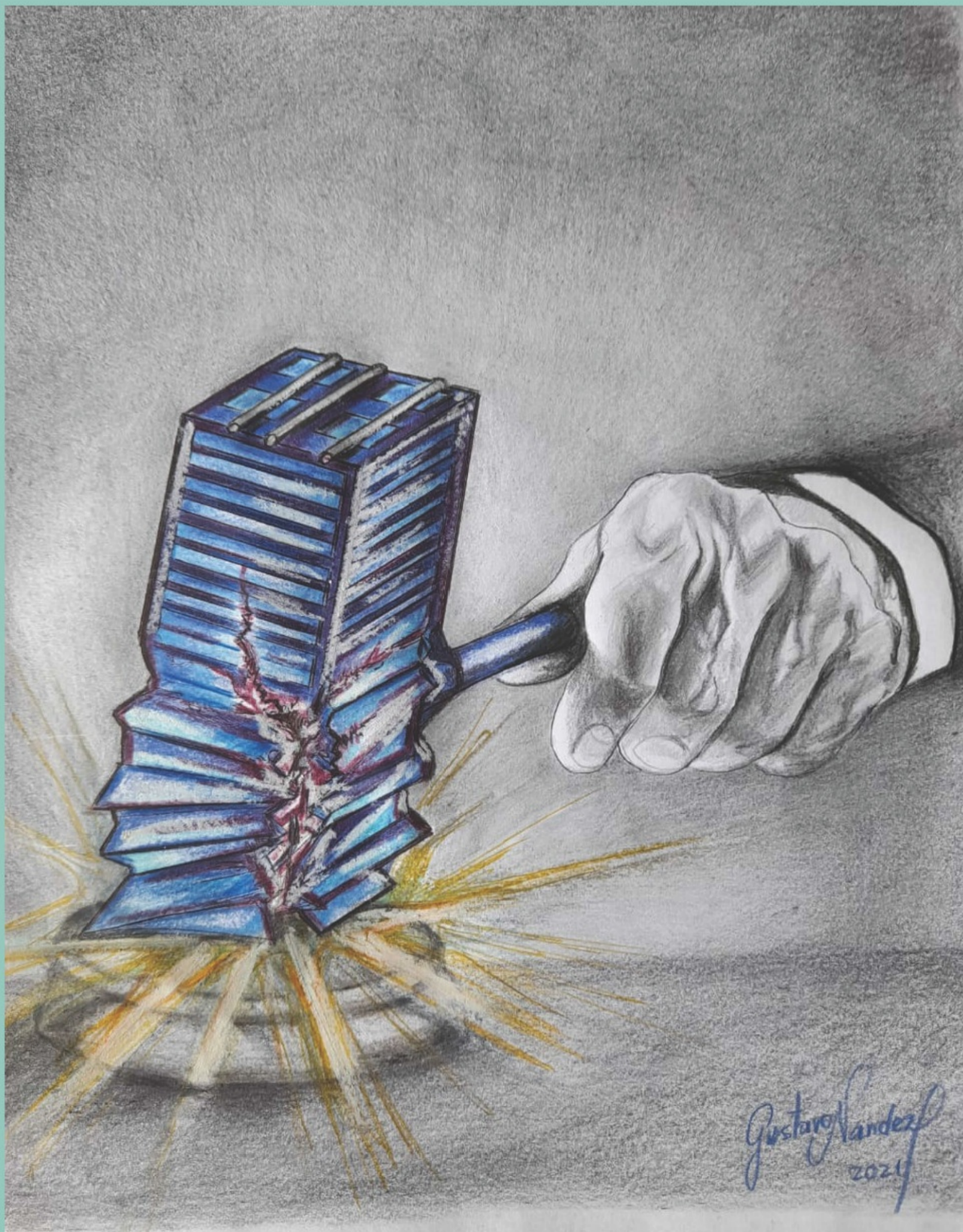


LA CULPA ES DEL CONTENEDOR



Gino Baldissare

**La culpa es
del contenedor**

Baldissare, Gino
La culpa es del contenedor / Gino Baldissare. - 1a ed. -
Córdoba : Babel Editorial, 2021.
96 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-697-286-4

1. Relatos Personales. I. Título.
CDD 808.883

Babel Editorial
Alvear 75 - CP 5000 - Córdoba - Arg.
Tel.: 351 5314139
E-mail: babelediciones@gmail.com



Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión de este libro, en cualquier forma o por medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Datos del autor



Twitter: @ginobaldissare

Instagram: @ginobaldissare

Facebook: Made In The World Comercio Internacional

Blog: www.madeintheworld.eu

Gino Baldissare nació en 1984 en Córdoba, Argentina. Es Licenciado en Comercio Internacional (Universidad Nacional de Quilmes), Despachante de Aeronaves (Instituto de Capacitación Aeronáutica) y Postgrado en Gestión Aduanera (Esneca Business School, de España).

Cuenta con más de 15 años de experiencia en Comercio Internacional, habiendo desempeñado funciones comerciales y operativas en diversos sectores (freight forwarding, tecnología informática, bienes de capital, entidades empresarias y alimentos).

En 2010 publicó su primer libro, *El Niño Resonante* (Babel Ediciones), un relato de ficción orientado principalmente al público infantojuvenil.

Desde 2013 participa como columnista en diversos medio especializados en Comercio Exterior y Logística Internacional de Argentina y otros países, como Perú, México y Reino Unido.

Es colaborador habitual del portal digital *Trade News* de Argentina, y creador del blog profesional *Made In The World Comercio Internacional*.

Desde finales de 2019, se encuentra radicado en España.

*A todos los grandes amigos y profesionales
que forman parte de mi vida gracias a esta
extraordinaria profesión que es el
comercio internacional.*

Índice

1. [PRÓLOGO](#)
2. [LA VOZ Y EL SECRETARIO](#)
3. [RESOLUCIÓN 666/2020](#)
4. [LA CULPA](#)
5. [HECHO EN LA TIERRA](#)

PRÓLOGO

Casi no quedan figuras retóricas, alegorías y mitos para describir la realidad del comercio exterior argentino de las últimas décadas.

Lo que en la mayoría de los países está convenido y se da por sentado, en nuestro país es objeto de análisis fundacional, de revisión epistemológica, de estudio psicosociológico. Nada de lo que pueda fluir, fluirá.

El comercio exterior argentino es objeto de duda. El negocio es sospechoso. Las excepciones que desvirtúan la actividad (apoyándose en ellas, como el contrabando o el narcotráfico) tiñen siempre y a priori la actividad comercial, que se transforma en un permanente pedido de permiso para hacer negocios.

No importa qué tan lejos en la historia se rastree el origen, función y aspiración de comerciar con terceros. Siempre habrá una variante argentina, que ya es una disciplina en sí misma, con múltiples avenidas, diagonales y callejones sin salida en su interior.

Las normas se reciclan, se transforman, evolucionan para involucionar después, y así en un continuum irresuelto y gordiano.

Según la época, el nivel de crisis institucional, la cantidad de reservas de la autoridad monetaria, el nivel de inflación, el tipo de cambio, y hasta la caja política, el comercio exterior argentino será, a la vez, un remedio y una enfermedad.

Allí donde se entienda que hay que apuntalar exportaciones de valor agregado por su capacidad de generar empleo, arraigo y divisas, habrá una forma de impedir que se realicen. Porque no habrá insumos importados para producirlas, porque faltarán dólares, porque habrá un lobby de campaña política ocasional protestando.

Con cada recambio administrativo, el empresario que realiza negocios internacionales debe dar explicaciones. Muchas de ellas, motivadas por una predisposición ideológica que nada tiene que ver con el comercio exterior en sí.

El comercio exterior en Argentina no es una política de Estado, es una política de ocasión.

En este contexto, ¿por qué alguien querría dedicarse al comercio exterior?

La catarsis humorística del autor responde tácitamente y con humor esa pregunta; escondiendo la misma pasión por conectarse con otras culturas y ampliar los horizontes y hacer negocios.

Es un humor incómodo, pero espontáneo, que busca suavizar una realidad hosca, y tiene intención pedagógica de llegar a otros que no están en el tema, para interesarlos, para advertirlos.

Allí donde se vea una exageración mafiosa, patotera y prebendista en clave admonitoria, quien trabaja en comercio exterior ya no verá una anécdota, sino su día a día; como en “La Voz y el Secretario”.

Allí donde se vea la pasión ingenua al descifrar un “árbol genealógico” de resoluciones, los pasantes y empleados de los estudios jurídicos dedicados al comercio exterior se sentirán identificados con la “Resolución 666/2020”.

“La culpa”, en la recreación del monólogo de Tato Bores, sólo deja el sabor amargo de que, si el capocómico realmente le hubiera dedicado un monólogo, el comercio exterior tal vez no sería algo tan lejano al común de los argentinos. Hubiera permitido que fuera tema de conversación en un taxi, en cualquier mesa de café.

Finalmente, “Hecho en la Tierra” es una advertencia también: los recursos naturales sobre los que la política basa su maquinaria de explotación, también son escasos.

Emiliano Galli
Editor Trade News

En breves relatos, Gino Baldissare logra condensar la más cruda realidad del comercio internacional en Argentina. Esa que por lo grotesco de su contenido podría perfectamente ser parte de algún cuento surrealista.

En cada una de las situaciones retratadas por el autor es posible vislumbrar laberintos mitológicos de los que difícilmente alguien pueda escapar. Personajes que encarnan lo peor de la burocracia y expresan su desenfrenado amor por impedir, lo que sea, como sea y cuando sea. Las alas poderosas del monstruo de la discrecionalidad y, a su lado, su amiga inseparable, la corrupción.

En este micro (cada vez más micro) mundo, la vida transcurre entre frondosos árboles genealógicos de resoluciones, disposiciones e instrucciones contradictorias y resbaladizas. Allí lo transitorio se vuelve transitoriamente definitivo, y las tasas contributivas pululan; aunque su contribución sirva principalmente para aumentar la confusión, el desgano y la frustración de quienes pretenden hacer negocios en medio de una ciclomía política, económica y social crecientes.

¿Cómo es posible sobrevivir a semejante realidad? Las saludables cuotas de humor y acidez a las que el autor apela para ilustrar ese “surrealismo real” funcionan definitivamente como el mejor digestivo.

Eso sí, luego de leer los relatos surge una dolorosa duda: ¿hasta cuándo los actores (y quienes intentan serlo) del comercio internacional en Argentina podrán seguir riéndose de sus propias desgracias?

Nadie mejor que el genial Tato Bores –a quien el autor recrea en uno de sus escritos– para responder semejante pregunta.

“Desde que era chiquitito que vengo escuchando que hay que sacrificarse en aras del futuro. El lema nacional siempre ha sido jódanse hoy para disfrutar mañana, y uno pone el hombro, pero el futuro por definición se pinta y uno jamás lo puede alcanzar”, dijo en uno de sus célebres monólogos a principios de los ‘90.

O sea, “queridos orejones del tarro, a seguir laburando, la neurona atenta, vermut con papas fritas y... ¡Good Show!”.

Florencia Carbone
Editora Trade News

LA VOZ Y EL SECRETARIO

–Mati, tu teléfono... –el joven, sin darse vuelta, deambulaba en el medio del campo de juego– ¡Matías! ¡Te llaman!

–Ahí voy –contestó finalmente, no tanto al grito sino al ademán que le indicaba que lo estaban llamando por teléfono.

Orilló la cancha mientras tomaba el dispositivo de manos de su compañero, y se apartaba unos metros para hablar.

–¿Hola?

–¿Matías?

–Sí, ¿quién habla?

–Habla William Negro, el Secretario.

El joven sintió un nudo en la garganta.

–Ho... Hola Sr. Negro.

–Licenciado Negro, por favor. O bien, Sr. Secretario.

–Sí, claro. ¿Cómo está Sr. Secretario?

–Acá, viendo esta solicitud de licencia que me enviaste, para la importación de una máquina.

–Eh... Sí, claro, la máquina. ¿Sucede algo? –el joven pasó de estar agitado por el partido a estar agitado por el llamado–. ¿Hay algún problema?

–No sé, vos me dirás. Revisemos el tema mañana en mi oficina. A las 09:00 de la mañana en punto –ordenó secamente, y al instante agregó–. Tráeme el último balance contable, estatuto, las últimas actas, procesos productivos y estadísticas de tu empresa.

–A las... Claro, sí. A las 09:00 de la mañana estaré allí Sr. Secretario. Con toda esa información.

Concentrado en ser lo más obsecuente posible, el joven confirmó sin siquiera pensar cómo iba a viajar. Era domingo pasadas las 20:00 horas, se encontraba a casi 900 kilómetros de distancia, y acababa de confirmar una reunión a primera hora del día siguiente. Aunque, ¿tenía alguna otra alternativa que confirmarla?

–Chicos, debo irme. Surgió un tema urgente –dijo alzando un poco la voz, para que al menos quienes estaban más cerca escucharán.

–¿Por qué? ¿Qué pasó? –preguntó preocupado un amigo, que jugaba en el equipo contrario.

–Nada, un tema de mi trabajo. Vuelvo enseguida –mintió.

–¿Ahora? Pero ya termina el primer tiempo. Esperá unos minutos y te vas en el descanso.

–Es que tal vez me insuma más tiempo –seguía mintiendo al decir *tal vez*.

Mientras atravesaba el club en dirección al estacionamiento, el joven maquinaba en su mente todo lo que iba a tener que hacer. En primer lugar, llamó a su jefe, el dueño de la empresa, para ponerlo al corriente de la situación y todo lo que necesitaba para el viaje. Finalizada la comunicación, puso en marcha el auto y dejó atrás el establecimiento deportivo.

En tanto, el propietario de la firma, que se encontraba fuera de la ciudad en ese momento, comenzaba algunas gestiones, en tan inusual momento, con otros colaboradores para que Matías tuviera todo a disposición y llegara tranquilo a la reunión del día siguiente.

Con la sinapsis cerebral a una velocidad mil veces más rápida que su auto, Matías recordó un detalle, que luego agradeció que no se le pasara por alto.

–La licencia para importar la máquina... –pensó en voz alta, e instantáneamente se tomó la cabeza.

Aminoró la marcha y detuvo el vehículo sobre un costado de la avenida. Había otra persona a quien llamar.

–Debo ponerlo al corriente de la situación.

* * * * *

–Buenas noches, ¿estoy hablando con... –se sintió una carcajada corta y seca– el famoso Secretario?

–¿Quién habla?

–Alguien a quien usted le está causando problemas.

El Secretario se relajó sobre su sillón, gesticulando con petulancia. Ese tipo de comentarios inflaban su ego; casi tanto como la sumisión de quienes necesitaban su autorización para importar cualquier cosa.

–Déjeme adivinar, ¿usted es uno de los tantos que piensa que puede comprar afuera lo que se le antoja, sin rendirnos cuentas a nosotros?

–No, nada de eso –aclaró La Voz, que se alejó del teléfono, mientras su dueño daba algunas indicaciones a subalternos.

–Entonces, ¿quién habla?

–Espere un segundo por favor. Ya vuelvo con usted.

–Pregunté quién habla.

–Cállese y espere.

El Secretario se levantó de un respingo.

Parado en el mismo lugar, reposó con firmeza el puño izquierdo sobre el escritorio; mientras clavaba una furibunda mirada en la biblioteca que se encontraba atravesando el despacho.

–Secretario, ¿está ahí?

–¿Dónde más, si no?

–Bien, procedamos. Le explico. Es por su reciente llamado a Matías, sobre la importación de un contenedor con una máquina.

–Sí, fue hace unos minutos. Tiene que presentarse en mi despacho mañana a las...

–No, de ninguna manera. Matías no irá a ningún lado.

–¿Disculpe?

–No, no lo disculpo. Pero sí le explico. Matías no irá a ningún lado. No será necesario. La licencia para importar esa máquina será autorizada por usted inmediatamente.

–¿En serio? No me diga.

–Sí, sí le digo.

–¿Por qué yo habría de hacer tal cosa?

–Le explico. Acabo de independizarme con mi propio negocio. Soy relativamente nuevo en esto, y sucede que...

–Su empresa fue fundada hace 40 años.

–¿Secretario?

–¿Qué?

–No me interrumpa.

Silencio absoluto.

–Bien, prosigo. Esta es la segunda importación que realizo. En la primera, intenté otra operatoria. Lo hice “desenganchando”, por así decir, los contenedores en el puerto. Usted me entiende, ¿no?

–La verdad, no.

–Lo hará, créame. Por eso autorizaré la licencia de importación.

Poco acostumbrado estaba el Secretario a que se le hablara en ese tono. Las venas de su cuello estaban infladas y duras como las raíces de un árbol.

–La operación tuvo algunas contingencias –continuó La Voz al otro lado del teléfono–. Estaba todo coordinado con algunos funcionarios del puerto y de la aduana, y la verdad no esperaba que saliera mal. Pensé que iba a

ser suficiente con, digamos, aceitar económicamente a esa pandilla de delincuentes. Pero al parecer, además de corruptos, también eran un rejunte de inoperantes que no sirve ni para transgredir la ley.

El Secretario no daba crédito a lo que oía. Mucho menos a la petulante parsimonia con la que era narrado.

—Aunque ahora que lo pienso, ¿no habrá sido todo culpa del maldito contenedor, que ya no venía en buenas condiciones desde origen? En fin... Porque resulta que el contenedor no quedó bien arreglado, la maniobra fue descubierta, y bueno, usted ya se imaginará todo lo demás. Tuve que ir y aceitar, también económicamente hablando, a los jefes de estos inútiles que estropearon mi operación. Incluso, también a un jefe de esos jefes. Una locura todo, de no creer —se lamentaba La Voz—. Todo terminó costando mucho más de lo presupuestado. Y los hombres de negocios, Secretario, necesitamos certidumbre de costos antes que nada; sobre todo en este país. Usted me entiende, ¿no? —silencio de pocos segundos—. O más bien, usted se estará preguntando cómo todo esto se relaciona con el llamado a Matías.

—No, no me lo estaba preguntando. Oiga, no me haga perder el tiempo. Ya hablé con Matías; que venga mañana a mi oficina como acordamos, con la información que le pedí —al tono imperativo lo acompañó un golpe sobre el escritorio, que La Voz escuchó perfectamente—. La máquina que quieren importar tiene...

—Secretario, conozco muy bien el *qué* y el *cuánto* de ese contenedor. Debo decir que mi información es más precisa que la suya.

—¿Por qué no compran la máquina localmente?

—Porque no se me antoja.

—¿No sabe que hay industrias nacionales que fabrican máquinas de ese tipo?

—Eso es algo que a mí no me importa.

—¿Para qué necesitan esta máquina?

—Eso es algo que a *usted* no le importa. ¿Alguna pregunta más?

—Pregunta, no. Una orden, sí. Usted tenía razón. Matías no irá a ningún lado. Usted lo hará. Preséntese en mi despacho mañana a las 09:00 am.

—Secretario, las preguntas que hizo me indican que no ha captado la situación. Por otro lado, su prepotencia, a la que ya estamos acostumbrados, para darme esa... “orden”, me indica que ni por casualidad se imagina con quién está hablando.

–Pues dígame entonces, a ver, ¿con quién estoy hablando?

–Por el momento, para usted, sólo soy La Voz al otro lado del teléfono. Pero le daré una pista. Digamos que mi negocio es... una cocina.

Al Secretario lo inundaron la sorpresa, la incredulidad y el fastidio. Pero en poco tiempo lo invadirían otras sensaciones.

–¡Ja! Un narco.

–Secretario, su lucidez es arrolladora.

–Este chico Matías, parecía tan genuflexo cuando le ordené que viniera mañana –describió el Secretario, instante en que deja sentir un cierto sadismo político–. Se lo escuchaba nervioso; tal como a mí me gusta cuando trato estos temas con los importadores. Pero se ve que todo era parte de su papel; porque no sonaba como un narco.

–¿Por qué piensa que lo es?

El Secretario se sumió en la intriga.

–Matías me entregará algo que viene en ese contenedor, y que no está declarado como parte de la carga. Son unos repuestos empaquetados y muy bien escondidos en algunos tubos que forman parte de la máquina. En cuanto él tenga la máquina en el depósito de la empresa en la que trabaja, quitará los paquetes dentro de los tubos, me informará, y yo los mando a recoger. Eso es todo lo que él sabe.

–¿Y lo que no sabe?

–Que esos paquetes no contienen repuestos, sino otra cosa. Usted me entiende, ¿no?

–Matías entonces no sabe lo que realmente está trayendo para usted.

–Secretario, su lucidez ya es de ciencia ficción.

El constante sarcasmo de La Voz ponía a prueba la resistencia de las arterias del Secretario. Lo sentía como un ataque a su orgullo.

Intentaría salir airoso.

–Ficción es lo que usted me está dando.

–Secretario, le acabo de contar la realidad. Pero si quiere que le dé ficción, yo le doy ficción. Aunque le aclaro que mi nombre no es Leonardo.

–Oiga, sólo estoy siguiendo su juego. ¿No pensará que soy tan idiota como para creer que un narco me va a blanquear así tan abiertamente su operatoria –intentaba ahora parecer perspicaz para, finalmente, parecer poderoso– sabiendo que soy un alto funcionario del Estado y podría denunciarlo?

–Secretario... –La Voz carraspeó–. Asómese por la ventana de su

despacho por favor.

El hombre abrió los ojos con sorpresa. Giró sobre su sillón y permaneció dubitativo. Inclinandose hacia adelante, movió las cortinas. Se puso de pie para alcanzar a ver la calle.

Tragó saliva.

Sus dos guardaespaldas, golpeados y ensangrentados, yacían desvanecidos sobre la acera. Estaban rodeados por la custodia de cuatro hombres igual de corpulentos, claramente responsables de la brutal paliza que acababa de tener lugar. Sus miradas ya estaban en dirección a la ventana cuando el Secretario se asomó, por lo que se cruzaron con la suya.

—¿Capta la situación, Secretario?

El hombre volvió a su asiento. La mano derecha que se llevó al corazón le confirmó que eran palpitations el retumbe interno que sentía.

La Voz continuó.

—Usted no es más que patotero de poca monta; un simple matón de la más baja calaña. Un pobre cobarde al que le firmaron un cheque en blanco de poder cuando lo pusieron a cargo de la Secretaría de Comercio. Pues bien, la situación... es que acaba de toparse con un verdadero matón.

El Secretario respiraba profundo para tranquilizarse. Seguiría guardando silencio. La Voz, no.

—Pero más allá de la, espero, suficientemente persuasiva escena que le acabo de hacer ver por la ventana, quisiera explicarle otros motivos por los cuales usted no volverá a entorpecer mi operación —el dueño de La Voz se reacomodó en el asiento de su vehículo, aparcado justo al lado de donde yacían los guardaespaldas del Secretario—. ¿Se da cuenta de los puntos que tenemos en común? Usted debe andar con guardaespaldas; incluso hasta para ir a su despacho un domingo a la noche, como ahora. Por mi parte, yo también debo andar con guardaespaldas. Solo que en mi caso es más entendible: soy un criminal —el tono de La Voz sonaba casi didáctico—. Mientras que usted, es un “alto funcionario del Estado”, en un gobierno hipócritamente autodefinido como igualitario, que desempeña su función con el demagógico discurso de proteger el empleo y la industria nacional.

—Lo que me faltaba: ser criticado por un narco —rezongó el Secretario, cuando logró estabilizar sus pulsaciones.

—Un colega suyo, que incluso ocupó rangos ministeriales, no es muy distinto a mí.

—No sé a qué se refiere.

–Olvídelo. Esto va más allá de su colega, el tocayo del Dr. Lecter. Es más de fondo, más general. Verá, hay otros puntos en común que nos subyacen. Ustedes y nosotros...

–¿Ustedes y nosotros? –inquirió el Secretario, con el ceño fruncido.

–Sí, ustedes y nosotros. El populismo y el narcotráfico. Ambos necesitamos lo mismo. Hasta nos retroalimentamos, nos complementamos.

–¿En serio? No me diga.

–Sí, sí le digo.

–Cuénteme entonces, ¿qué necesitamos... nosotros y ustedes? –preguntó el Secretario, invirtiendo con sarcasmo el orden de las dos palabras.

–Gente ignorante, desesperanzada y/o carente de valores.

Ambos guardaron silencio.

–He dado en el clavo. No me lo niegue –se arrogó La Voz—. Porque en una sociedad sin personas desesperadas, sumidas en la miseria, o presas de su falta de educación, ¿cuántos caerían en la droga o aceptarían ser mulas de carga? En una sociedad sin personas ignorantes, sin gente con valores distorsionados, sin ciudadanos que no pueden o no quieren salir adelante por mérito propio, ¿cuántos votarían a populistas inescrupulosos como ustedes?

El Secretario no sabía qué decir. La Voz, sí.

–Lo cual nos trae, fíjese qué interesante, al tema de la retroalimentación, la complementariedad.

–¡Ustedes son delincuentes, nosotros trabajamos por y para el pueblo! –se envalentonó el Secretario, desesperado por despegarse de lo que describía La Voz.

–No intente poner blanco sobre negro conmigo. La complementación entre el populismo y el narcotráfico es evidente. Ustedes destruyen los valores, nosotros destruimos los cerebros. Tan simple como eso. Así que no intente ponernos en veredas opuestas, como si ustedes fuesen el bien y nosotros el mal. Porque incluso si así fuese, le guste o no, entonces para ustedes somos un mal necesario.

La andanada de verdades que disparó La Voz retumbó como un tropel en la cabeza del Secretario.

–Entonces, en vista de lo necesarios que somos el uno para el otro, le pido por favor que permita esta importación en tiempo y forma –solicitó La Voz en tono sofisticado y aristocrático; justo antes de dejar algo en claro

para que no haya confusiones—. De todos modos, tampoco se tome tan en serio este “le pido por favor”. Lo que acaba de ver por la ventana es un indicio de que no se lo estoy “pidiendo”, y mucho menos “por favor”. Así que ése no es el motivo por el cual usted aprobará inmediatamente la licencia de importación. Usted lo hará porque sabe muy bien que una escena como la vista podría ser con alguien de su familia o, inclusive, usted mismo. ¿Capta la situación, Secretario?

El silencio del funcionario dio pie a que La Voz cerrara la comunicación con otra advertencia.

—La próxima vez que usted quiera, con ínfulas de dueño del gallinero, impedirle a un empresario hacer negocios, recuerde lo siguiente. Hoy se enfrentó con alguien que tiene un garrote más grande que el suyo, y que pega más fuerte que usted —La Voz cambió de manos el teléfono móvil—. Y como un simple recordatorio, le diría que la misión de “altos funcionarios del Estado”, como usted, es impedir que gente como yo pueda hacer negocios. Pero no que un simple empresario industrial pueda importar una máquina.

* * * * *

A mitad de camino Matías ya había dado media vuelta con su vehículo, y comenzado a transitar la trayectoria que acababa de dibujar en una de las avenidas de la ciudad. Se dirigía de regreso al club deportivo.

Mientras sus pasos dejaban atrás el vehículo en el estacionamiento, estimó urgente llamar a su jefe antes de reincorporarse al partido.

—Llamó nuevamente el Secretario. La licencia ya está aprobada.

—Excelentes noticias. Aunque es raro cómo sucedió todo. ¿Entonces no hace falta que viajés?

—No, no hace falta. Dijo que todo fue una confusión y... ¡hasta nos pidió disculpas, jefe!

—¿En serio? Eso sí que resulta extraño. En fin, más allá de la licencia, lo bueno es que no hayas tenido que viajar, y menos para encontrarte con semejante personaje.

El joven se alistaba al costado de la cancha de fútbol, mientras veía a sus amigos, que se encontraban disputando el segundo tiempo iniciado hacía pocos minutos.

—¡Qué bueno! Volviste rápido dentro de todo —festejó uno de los

compañeros de su equipo—. Se nos iba a hacer complicado jugar con uno menos.

—Sí, todo solucionado —afirmó Matías, aliviado, en tanto estrechaban manos, como si hubiesen convertido un gol.

Retomó su posición de zaguero central, luego de pasar a saludar al arquero de su equipo, mientras contemplaba el contraataque que le estaba propinando a la escuadra rival.

Una extraña sensación de incredulidad y culpa le pesó como un yunque en su interior. Su mirada descansó sobre el césped, luego las gradas; finalmente, sobre el estacionamiento y su auto, a lo lejos. Esa última visión pareció recordarle lo que acababa de suceder y lo rápido que había acontecido. Nunca había llegado siquiera a cambiarse de ropa ni quitarse los botines.

RESOLUCIÓN 666/2020

–Buen día Luciana, ¿qué tal?

–Buen día Doctor, todo bien. ¿Usted cómo está?

–Calcinado. ¡Qué calor hace afuera, y es temprano aún!

–Un horno, Doctor. No me quiero imaginar lo que será al mediodía.

–Está pronosticada tormenta para esa hora. ¿Novedades?

–Bastantes. Las más urgentes son acerca de la nueva resolución.

–Me lo imaginaba –miró hacia arriba, volteando los ojos, mientras cruzaba la recepción rumbo a su despacho–. La leí someramente en la tablet, y ya me parece el demonio en persona.

–Le hace honor al número entonces.

El hombre giró sobre sí mismo, buscando la mirada de su colaboradora.

–No lo había pensado. La verdad que sí, es cierto.

–Han llamado muchos clientes con consultas.

–Imagino que sí, pero ¿han tenido tiempo de leerla completa? –preguntó el letrado, apoyado sobre el marco de la puerta de ingreso a su oficina–. Es muy temprano. Yo apenas pude leerla una vez mientras desayunaba.

–No, no creo que la hayan leído a toda. Primero habría que armar casi un árbol genealógico con todas las resoluciones, disposiciones e instrucciones más viejas a las que hace referencia. Pero la mayoría de las consultas son sobre esa tasa “contributiva” –aclaró la joven, gesticulando comillas con sus manos– que empezaron a aplicar sobre los contenedores hace unos meses.

–Sí, la de USD 15 por contenedor. Desastre, un desastre realmente. No sólo que aún no se sabe por qué ni para qué empezaron a aplicar esa tasa – el hombre dio media vuelta para ingresar a su oficina–, sino que además echan más leña al fuego aumentándola con la resolución de hoy –se detiene, vuelve sobre sus pasos y asoma nuevamente hacia el escritorio de su mano derecha–. Estaba pensando, Luciana, por lo que mencionaste recién sobre el “árbol genealógico” de esta normativa. Sería bueno aprovechar la ocasión para que Jeremías, el practicante nuevo, incorpore otras herramientas. Obviamente, no para que estudie lo técnico de esa norma, pero sí para que se vaya familiarizando con su estructura, cómo una norma se relaciona con las otras, la jerarquía normativa. Aspectos de

ese estilo.

–Me parece bien. Así lo haré. Le va a interesar, además. Me supo comentar que la parte jurídica del comercio exterior es lo que más le gusta. Apenas llegue veo el tema con él.

–Gracias Luciana. Me pongo al día con algunos e-mails y a media mañana vemos esta normativa. Seguramente habrá que canalizar gestiones con alguna entidad del sector.

–Muy bien Doctor. Enseguida le envío por e-mail un resumen de las consultas de los clientes.

* * * * *

El reloj se aproximaba a las 11:00 y la temperatura seguía subiendo. Con igual intensidad se sucedían los llamados de clientes consultando status de embarques, entregas de documentos y, por supuesto, aclaraciones sobre la normativa que aumentaba la tasa contributiva a los contenedores.

–¿Cómo vas con la resolución, Jeremías? ¿Encontraste todo?

–Sí, ya casi termino. Abrí todas las normativas relacionadas en pestañas separadas en el navegador, y ahora estoy armando cómo se relaciona una con otra.

–Bien, y a la Resolución 666/2020 en sí misma, ¿la leíste completa?

–Sí.

–¿Incluyendo los *Considerandos*?

–¿Los qué?

Luciana sonrió. Con empatía y tono pedagógico, tomó una copia impresa de la resolución y, distanciamiento covid mediante, le señaló algunos fragmentos del texto para acompañar su explicación.

–Siempre se deben leer primero los *Considerandos* de una normativa. En esa sección vos podés comprender el... –teléfono sonando; la muchacha le destinó una mirada fulminante–. Dame un segundo, Jeremías.

El practicante comenzó a leer la normativa siguiendo la reciente instrucción de su mentora, en tanto ella atendía el llamado.

–Estudio Leyes y Asociados, buenos días

–¿Dónde está mi embarque?

–¿Quién habla? –preguntó Luciana, en tono risueño.

–Yo.

–¿Cuál “yo”? Muchos se presentan así –la joven seguía el juego.

–Muy graciosa Luciana. ¿Mi embarque? Imagino que ya salió del aeropuerto y está en viaje hacia acá.

–Salió canal rojo, Sebastián. Vas a tener que esperar.

–¡No! Son unos hijos de... [comentarios censurados por el autor]

–Sí, eso mismo pensé. Ni bien se libere el embarque, yo te llamo.

–Y yo te atiendo... si es que antes no me corta la cabeza el gerente de producción. Vamos a tener una parada en la línea de montaje. Bueno, avísame. Hasta luego.

Mientras depositaba el teléfono en su lugar, Luciana observó a la distancia que el joven ya había empezado a leer los *Considerandos* de la resolución.

–Bien, sigamos con lo que te comentaba Jeremías. En esa sección se detallan, básicamente, antecedentes y fundamentos de una norma, entre otras cosas. Habrás visto cómo se explican los objetivos o por qué motivos se modifica algo de otra norma, o se toma una determinada medida regulatoria que afecta la operatoria del comercio exterior. Entonces...

Teléfono sonando.

–Dame “otro” segundo Jeremías –el muchacho asintió, sonriendo–. Estudio Leyes, buenos días.

–Estudio comercio internacional, buenos días.

–Siempre la misma broma, Roberto.

–Hay que inyectarle buena energía a este día. El calor que hace, el pronóstico de tormenta, y encima... la Resolución 666/2020.

–Sobre todo lo último. Imagino llamás por ese tema.

–Acertaste. Me surge una duda sobre cuánto paga por tasa contributiva el contenedor de 20 pies. Un colega acaba de comentarme que en el puerto ya están gestionando el cobro de manera manual, porque aún no está informatizado el aumento aplicado por la norma. Pero más allá de eso, tuvo que pagar USD 35, siendo que de la norma se interpreta que hay que pagar USD 30 dólares. Es el contenedor de 40 pies el que pagaría USD 35.

–Sí, correcto, se presta a confusión cuánto hay que pagar. Dudas similares tienen varios clientes. Seguramente se realizará alguna gestión institucional para que la Autoridad de Aplicación lo clarifique.

–Gracias, manteneme informado por favor.

–Hecho.

* * * * *

El mediodía aún no había disipado del todo el tufoso calor, pero ya le estaba dando lugar a la tormenta. El cielo había cambiado de azul a gris por el avestamiento de nubes de oscuro color y apariencia amenazante.

El Dr. Normando Leyes llevaba unas horas cruzando llamados con colegas y entidades empresarias a causa de la Resolución 666/2020; al tiempo que los alternaba con otras comunicaciones para resolver cuestiones operativas urgentes de embarques específicos.

Tenía en claro que se debía avanzar con algunas gestiones institucionales sobre la nueva normativa. En lo inmediato, para aclarar dudas e inquietudes de clientes, y en lo importante y más de fondo, para solicitar que se reviertan algunas de las disposiciones oficializadas por la Autoridad de Aplicación.

Con taza de café en mano, se dirigió a la recepción, espacio que no era el habitual de Luciana. Aquella experimentada profesional había empezado en ese lugar, pero en realidad se desempeñaba como coordinadora operativa del Estudio Leyes y Asociados. La mitad del equipo de la oficina estaba de baja por coronavirus y con marcados síntomas. Por lo que la otra mitad, incluyendo al Dr. Leyes, debió cargar sobre sus hombros la actividad diaria; algunos mediante teletrabajo y otros presencialmente.

–Luciana, respecto a la nueva normativa, avancemos en dos partes. El informe que me enviaste es más que claro. Todo gira en torno casi a lo mismo: la tasa contributiva. Empezaron a aplicarla hoy, y hay confusiones sobre cuánto se debe pagar.

–Así es Doctor.

Jeremías escuchaba atentamente sin retirar la vista de su labor de lectura de las normas vinculadas a la Resolución 666/2020.

–Para no demorarnos –continuó el letrado– las entidades del sector enviarán una nota solicitando aclaraciones sobre esa bendita tasa. Propondremos nosotros un borrador; lo he hablado con varios colegas.

–Perfecto.

–Sobre el resto de la norma, hay bastante para analizar y debatir, y no podremos accionar hoy mismo. No hay tiempo. Organizaremos una reunión vía Zoom con los otros operadores del sector y las entidades para analizar más a fondo esa regulación

–Comprendido. Voy avanzando con el borrador de la nota.

–Sí, por favor.

El Dr. Leyes agradeció y emprendió algunos pasos hacia su oficina.

Corte de luz.

Sorpresivo pero, a la vez, no tan inesperado. Las elevadas temperaturas a ciertas horas, venían ocasionando apagones desde hacía varias semanas.

–Lo redacto por Whatsapp y se lo envió, Doctor –le anticipó la joven–. Si la luz va a volver con la misma rapidez que en el corte anterior, vamos a estar varias horas así.

El hombre volvió hacia la recepción.

–Muchas gracias Luciana. ¿Te das cuenta? –le preguntó, señalando figurativamente la luz del techo–. Esto no hubiese pasado, al menos no en este edificio, si esa licencia no automática de importación no hubiese tomado el tiempo que tomó en ser aprobada.

–¿Se refiere a los paneles solares? Es cierto. A esta altura ya tendríamos todo instalado.

–Ayer precisamente hablé con ese cliente. El proceso productivo se les demoró una eternidad, y todavía faltan varias semanas más. En fin... –cerró el hombre, negando con la cabeza, y dirigiéndose de nuevo a su oficina.

Tras el corte de luz, el joven practicante había pasado automáticamente de su PC a la pantalla de su teléfono móvil. Buceaba en internet buscando las normativas que estaba leyendo.

–Jeremías alejá la vista de esa pantalla. Vas a quedar miope si seguís así.

–Estoy leyendo las resoluciones vinculadas a la normativa de hoy.

–No te vuelvas loco leyendo todo eso en la pantalla de un móvil.

–De acuerdo.

–Aguardame unos minutos y vamos a un depósito que tenemos en el subsuelo del edificio. Creo que aún no tiramos un archivo que teníamos de boletines oficiales impresos.

Ambos saltaron de un respingo sobre sus sillas.

El susto que les propinó un fuerte trueno les hizo, a la vez, cruzar miradas y tentarse con comicidad.

–Eso estuvo fuerte –comentó Jeremías.

–Casi me da un infarto.

–¿Antes al Boletín Oficial lo mandaban por correo postal?

–Hace muchos años atrás, sí. Tal como lo ves en la página web ahora, pero impreso. De todos modos, hace ya un tiempo que para comercio exterior tenemos el portal oficial con las normativas específicas de nuestro sector.

–El que estaba usando esta mañana.

–Ese mismo. Si te gusta tanto la parte normativa del comex, ese portal va a ser una herramienta fundamental para vos.

–Comprendo.

–Pero ahora que estamos sin luz, si querés busquemos en los boletines impresos las normas más viejas relacionadas a la Resolución 666/2020 – sugirió Luciana, aunque sabía que la respuesta del pasante sería sí.

Había visto con buenos ojos cómo, ante el corte de luz, el muchacho no aprovechó esa contingencia para distraerse y abrir sus redes sociales en el teléfono móvil. Usó el aparato, por el contrario, para buscar la forma de continuar lo que estaba haciendo. Ese tipo de actitudes, por insignificantes que parecieran aun tratándose de un principiante, lo diferenciaban del resto de los pasantes que habían estado bajo su mentoría.

–Jeremías, bajemos ahora al depósito. Te muestro cómo está organizado, así buscás la información. Yo mientras tanto termino de redactar el borrador de una nota que me pidió el Doctor sobre esta tasa que aplican a los contenedores.

–Perfecto, vamos entonces –el joven se puso de pie, tomó anotador y lapicera, y revisó la batería de su celular–. Bien, está casi llena. Me va a hacer falta para alumbrarme con la linterna del móvil ahí abajo.

–Cierto. Revisá tu cajón. Debe haber un alcohol en gel adicional. Con esto de que estamos sin luz la gente estará usando mucho las escaleras.

–Las partículas de covid se deben estar haciendo una fiesta en los escalones y pasamanos.

–La misma que en los ascensores.

Cinco pisos y varias decenas de escalones separaban las oficinas del Estudio Leyes y Asociados del subsuelo del antiguo edificio donde se encontraban. Mientras descendían, Jeremías, aquel practicante ávido de información y con una evidente cualidad autodidáctica, no dejaría de inundar a Luciana con preguntas sobre cada cuestión de comercio exterior que escuchaba en la oficina.

–¿Esa licencia que se demoró era para importar paneles solares?

–No exactamente. Es para un proyecto de instalación de paneles solares.

–¿Dónde?

–Aquí, en este edificio.

–¿En serio? Claro, entiendo. Por eso el Doctor dijo que el corte de luz podría no haber pasado en este edificio.

–Exacto. En el último piso hay una fundación nueva, que se formó hace poco. Gestiona proyectos de energías renovables. Uno de sus proyectos es alimentar todo este edificio con energía solar. El Doctor quedó encantado con el proyecto y ofreció sus servicios gratuitamente para lo que hiciera falta.

–¡Qué bueno!

–Estamos gestionando las importaciones de los insumos que necesita el fabricante de toda la infraestructura. La licencia es para unos insumos específicos, que son genéricos, ni siquiera están relacionados a energías renovables. Pero tienen licencia no automática y la aprobación se demoró casi dos meses.

Al repiqueteo de los pasos por las escaleras lo acompañó un atronador ruido de fondo que anunciaba el inicio de una intensa lluvia.

–Por eso se terminó demorando la instalación de los paneles.

–Sí, y se podría haber demorado incluso más, pero quienes impulsan el proyecto accedieron a gastar un poco más e importar los insumos vía aérea.

–Es decir que hubo costos no previstos.

–Exacto. Más precisamente, costos ocultos de barreras no arancelarias. O de la administración de comercio, mejor dicho.

Al llegar a planta baja, cruzaron el lobby del edificio y se dirigieron al subsuelo, cuya superficie correspondía mayormente al estacionamiento. Una sala a modo de depósito, usada por varios inquilinos, se encontraba contigua a la puerta de acceso al subsuelo.

Una estridente puerta metálica, al ser abierta, le dio paso a los haces de luz que disparaban las linternas de dos celulares, y quebraban la oscuridad allí por donde el dúo apuntara.

–Muy bien, éste es el archivo Jeremías –dijo la joven en tono de presentación, señalando un pasillo formado por dos enormes estanterías.

–Lluvia, truenos, oscuridad, puertas que crujen y... estanterías polvorientas –describió el practicante.

–Parece una película de suspenso ¿no?

–Y además estamos buscando normativas de comercio exterior.

–Una película de terror entonces.

Ambos entrecruzaron miradas y sonrisas.

–No recordaba que fuera tanto –se extrañó Luciana.

–Podríamos donar todo a una empresa que recicle papel.

–Creo que en algún momento lo íbamos a hacer. Pero lo primero que nos importaba era liberar espacio en la oficina, trajimos todo aquí y nos olvidamos.

Manteniendo distancia entre sí, ambos comenzaron a transitar lentamente, flanqueados a ambos lados por las estanterías. Luciana echaba someros vistazos para confirmar si todo estaba ordenado cronológicamente.

–Si no estuviesen tan lejos, podríamos exportar este material a esos países que importan basura y reciclan.

–Suecia, Noruega.

–Podría hacer mi tesis de licenciatura sobre eso.

–¿Exportación de basura?

–No, de material reciclado. ¿Qué te parece?

–Todo lo que implique exportar valor agregado, bienvenido sea Jeremías.

–Claro, en el sector de reciclaje, exportar basura sería como exportar materia prima.

–Lo cual significa que el primer mundo...

–...hasta en el sector del reciclaje importa materia prima para agregarle valor.

–¡Qué rápido entendés todo!

Jeremías se sonrojó.

A mitad del pasillo ambos se detuvieron.

–Está todo ordenado por fecha. Hacia allá, en los boletines del principio, vas a encontrar las normas más recientes. Y por el final, allá cerca de aquella pared, las normas dinosaurio.

–¿Normas dinosaurio?

–Normas muy, muy viejas que aún están vigentes. Yo les llamo, cariñosamente, normas dinosaurio. Otra cosa, fijate de sacudirles el polvo.

–¿Lo decís en sentido figurado o literal?

–Ya te darás cuenta.

Luciana dejó a su promisorio aprendiz en la sala de archivo, y se dirigió de nuevo a la oficina, al tiempo que iba repasando mentalmente lo que redactaría en el borrador solicitado por el Dr. Leyes.

El joven practicante, único huésped en la oscuridad del subsuelo, empezó hacerse con los boletines que contenían las normas que le hacían falta, para llevarlos a su lugar de trabajo y continuar su labor.

* * * * *

El teléfono móvil del titular del Estudio Leyes y Asociados arrojó una notificación de Whatsapp. El letrado se encontraba precisamente con teléfono en mano y la abrió inmediatamente al ver que era de Luciana.

El borrador de la nota estaba listo.

De nuestra menor consideración:

Tenemos el desagrado de ponernos en contacto con Usted a fin de acercarle una inquietud manifestada por los operadores con respecto a la Resolución 666/2020.

Si bien diversos especialistas se encuentran analizándola de manera detallada, en el mientras tanto, tenemos la obligación de anticiparle una consulta sobre uno de los aspectos que mayor preocupación ha generado entre empresas y profesionales del sector.

La consulta se refiere a la incomprensible, inaceptable, incoherente, injusta, indigna, inicua, indebida –y toda otra palabra descalificadora que empiece con in y esté aceptada por la RAE– tasa “contributiva” sobre contenedores, vigente desde hace varios meses.

En razón de que la Resolución 666/2020 aplica una suba a la citada tasa robativa, el motivo de la presente es solicitar una aclaración sobre el aumento indicado en el Art. 135, inciso “c”.

El citado artículo materializa un nuevo robo de recursos de las empresas al establecer lo siguiente: “La suba en la TCC esta fijada en USD 15 para los contenedores de 20 pies y para los contenedores de 40 pies quedará establecida en USD 20”.

Al respecto, a fin de que quede aclarado de una buena vez cuánto quieren cobrar por cada tipo de contenedor, se solicita indicar, entre las alternativas del multiplechoice a continuación, cuál es la opción que representa correctamente la intencionalidad exprimidora del citado-artículo.

a. *La suba en la TCC, ésta fijada en USD 15, para los contenedores de 20 pies y para los contenedores de 40 pies quedará establecida en USD 20.*

b. *La suba en la TCC, ésta fijada en USD 15 para los contenedores de 20 pies, para los contenedores de 40 pies quedará establecida en*

USD 20.

c. *La suba en la TCC está fijada en USD 15 para los contenedores de 20 pies, y para los contenedores de 40 pies quedará establecida en USD 20.*

d. *Ninguna es correcta.*

No obstante, resulta conveniente evitar que los operadores del sector deban realizar, además de una interpretación técnica, un análisis sintáctico-gramatical de los textos de la normativa en cuestión.

En tal sentido, se solicita tener a bien considerar que la correspondiente normativa aclaratoria –la cual se da por sentado que deberá ser oficializada para modificar la que en la presente nos compete– esté redactada como se propone a continuación:

-Tasa Contributiva Contenedor 20 pies: USD..... (indicar monto)

-Tasa Contributiva Contenedor 40 pies: USD..... (indicar monto)

Sin otro particular, y esperando haber alterado la habitualidad de su parsimonia diaria, lo saludan no tan cordialmente.

–¿Qué le parece el borrador, Doctor?

–Solemne y frontal, como a mí me gusta –el hombre alzó los dos pulgares, en señal de aprobación–. Luciana, cada vez tenés más telepatía para darte cuenta cómo quiero expresar las cosas.

–Muchas gracias Doctor. Lo mando entonces.

–Sí. Envíalo por favor, en carácter de propuesta, a cuanta entidad de comercio exterior exista y de la que seamos socios.

–Ahora mismo Doctor.

–Por cierto, informales a todas que la propuesta va dirigida a varias entidades. Indicales cuáles. Remarcales que sería bueno que envíen una nota conjunta. Es importante el trabajo en equipo.

* * * * *

Dos días después, ya habían tenido lugar los encuentros virtuales entre diversos especialistas para analizar todos los demás aspectos de la Resolución 666/2020. Nuevas gestiones institucionales serían impulsadas por los operadores, y con un tono de artillería pesada similar al de la nota

por la tasa contributiva. El contenido, escrito por Luciana y aprobado por el Dr. Leyes, había sido firmado por cinco entidades empresarias y enviado sin una sola modificación.

Por su parte, la Autoridad de Aplicación se había hecho eco de tales gestiones y sancionó con sorprendente celeridad una resolución aclaratoria sobre el aumento que habían aplicado a la tasa.

Luciana le hizo leer a Jeremías la nueva normativa, recién publicada en el portal oficial de regulaciones de comercio exterior. Recordando instrucciones recibidas días atrás, el practicante empezó por los *Considerandos*.

Que la Resolución 19/2020 estableció la aplicación de la Tasa Contributiva a los Contenedores (TCC) para exportación e importación.

Que la citada tasa existe por culpa de que existen los contenedores (caso contrario, existiría otra tasa, que grave lo que sea que exista en su remplazo).

Que la citada tasa se estableció a los efectos de que el sector privado incremente sus esfuerzos por sostener el aparato estatal que brinda servicios al comercio exterior.

Que con el objetivo de exprimir aún más dicho esfuerzo, la Resolución 666/2020 ha establecido un incremento de la Tasa Contributiva a los Contenedores (TCC).

Que un error involuntario en el uso de signos de acentuación y puntuación ha sembrado ambigüedad en la comprensión del incremento dispuesto, dando ello lugar a interpretaciones inexactas respecto a la cuantía del espíritu recaudatorio con que fue oficializada la citada norma.

La Autoridad de Aplicación resuelve:

Artículo 1: Agréguese un acento en la última letra de la sexta palabra del inciso "c" del Artículo 135 de la Resolución 666/2020.

Artículo 2: Agréguese una coma en forma inmediatamente posterior a la decimosexta palabra del inciso "c" del Artículo 135 de la Resolución 666/2020.

La lectura cerró con el tercer artículo y Luciana vaticinó que, al igual que días atrás, se sucederían decenas de llamados telefónicos con consultas sobre lo que se acababa de publicar.

–Estudios Leyes, buenos días

–Luciana, hola. ¿Qué tal? Soy Roberto.

–¿Ya no estudias más comercio internacional?

–Sabía que ibas a extrañar esa broma en cuanto dejara de hacerla.

La joven sonrió.

–¿Llamás por la resolución aclaratoria sobre la tasa de los contenedores?

–Sí, por eso llamo. No entendí nada. ¿Cuánto tenemos que pagar al final?

LA CULPA

El jueves 11 de enero de 2018, con desconocimiento de que se conmemoraba un nuevo aniversario del fallecimiento del gran cómico argentino Tato Bores, me vino a la mente uno de sus grandes monólogos: “A la culpa la tiene el otro”. A partir de ese recuerdo, las neuronas se pusieron a trabajar imaginando cómo sería ese monólogo adaptado al comercio exterior argentino.

Partiendo de la premisa de un principiante en el sector, que busca su primera experiencia laboral, llegamos a este breve intento humorístico que, al igual que todo este libro, no persigue otra cosa más que reírnos de lo que nos toca vivir a diario. En definitiva, reírnos de nuestras propias desgracias, como se suele decir.

En los más de tres años que han transcurrido desde la primera versión de este monólogo, se han ido cambiando y agregando algunos personajes, ideas y situaciones. El *por qué* puede estar en que la realidad diaria hace que cualquier ficción con la que busquemos describirla (con o sin humor) casi siempre se quede a mitad de camino.

Podemos entonces, en el marco de este relato, proponernos algunos desafíos y objetivos.

El primero podría ser que no haya que agregar nuevos protagonistas o escenarios problemáticos al monólogo.

El segundo, lograr que los que ya están en él, pierdan vigencia y queden desactualizados. Significaría que hemos mejorado la realidad diaria de nuestro ejercicio profesional.

Más aún, pensándolo bien, podemos subir la apuesta. Los tiempos de edición literaria pueden extenderse por varias semanas e incluso meses. Sería grandioso que entre la última versión de este monólogo y el momento en que el lector lo tenga en sus manos, algunos de los pasajes recorridos a continuación ya hayan perdido vigencia o resulten de improbable repetición.

El monólogo

Un estudiante universitario, que cursaba los primeros años de la licenciatura en comercio internacional, acababa de salir de un examen final escrito con un oscuro pronóstico sobre el resultado.

A la angustia de saber que tendría que esperar algunos días para conocer la calificación, se le sumaba ahora la noticia de no haber quedado seleccionado para su primera experiencia laboral.

Lo invadieron la desazón, preguntándose por qué era tan difícil todo, y la duda, calculando si le convenía o no empezar a trabajar a costas de que se demorara unos años más en obtener el título de grado.

–¡A la culpa la tienen los seleccionadores de personal! –sentenció con rabia, en un intento por encontrar al responsable de su tan difícil situación.

–¡Capacitate antes de hablar! –le advirtió una seleccionadora de personal, mientras publicaba otra oferta de empleo solicitando un doctorado en comercio internacional, 10 años de experiencia, y un máximo de edad de 25 años–. *A la culpa de todo la tienen los empresarios, que siempre quieren todo bueno, lindo y barato.*

–¡Si no te gusta, ahí está la puerta de salida! –desafió un empresario a su propia seleccionadora de personal, mientras delegaba en un practicante part-time la gestión de todo su departamento de comercio exterior–. *A la culpa de todo la tienen los conservadores, que se resisten al cambio para llegar a ese futuro en el cual nuestros jóvenes serán los protagonistas.*

–¡Maldito hipócrita! –lo insultó un conservador, mientras intentaba fabricar la máquina del tiempo de Marty McFly para volver a los viejos buenos tiempos–. *A la culpa de todo la tienen los liberales, que pretenden que el Estado sea siempre un cero a la izquierda, y nunca a la “derecha”.*

–¡Laissez faire... y no se desvíen del tema! –suplicó un liberal, mientras se quejaba de la normativa que prohibía traer material radioactivo como equipaje de mano en el avión–. *A la culpa de todo la tienen los verificadores aduaneros, que son una máquina de impedir para todo operador honesto del comercio exterior.*

–¡Contrabandistas! –lo blasfemaron al unísono un par de verificadores, mientras impedían el ingreso de hormigas y permitían el ingreso de elefantes–. *A la culpa de todo la tienen los despachantes de aduana, que no entienden que no hacemos más que aplicar la normativa vigente.*

–¡Rechazo su resolución! –se ofuscó un despachante de aduana, mientras “involuntariamente” declaraba un producto bajo una clasificación arancelaria con la que su cliente “de casualidad” pagaría menos tributos y

“sin querer” evitaría la aplicación de reglamentos técnicos—. *A la culpa de todo la tienen las terminales portuarias, que te cobran hasta el metro cúbico de oxígeno ni bien respirás dentro de sus oficinas.*

–¡Calumnias! –se defendió el directivo de una terminal portuaria, mientras ordenaba a sus colaboradores crear falsos movimientos de contenedores para incrementar la facturación—. *La culpa es de los contenedores, por ser tan difícil y costoso su almacenaje y gestión operativa.*

–¡Peor era todo antes del contenedor! –le recordó un discípulo de Malcolm McLean, mientras contemplaba los honores recibidos por quien revolucionó el comercio mundial con una simple caja de acero—. *La culpa es de los estibadores, que encarecen la ya costosa operatoria portuaria.*

–¡De algo tenemos que vivir! –se victimizó un delegado del sindicato de estibadores, mientras presionaba para que se contrate el doble del personal necesario en la concesión de una nueva terminal portuaria—. *A la culpa de todo la tienen los gestores. La burocracia de este sector es insostenible.*

–¡Nosotros también... de algo tenemos que vivir! –le aclaró un gestor, mientras le informaba a su cliente haber tenido que pagar USD 100 para agilizar un trámite por el cual en realidad le habían pedido USD 50—. *A la culpa la tienen los facilitadores, que quieren simplificar todo y prescindir de intermediarios.*

–¡Llorón! –se enojó un facilitador, mientras proponía eliminar los controles aduaneros de frontera e instaurar la presentación voluntaria ante Migraciones—. *A la culpa la tienen los administrativos aduaneros, que suman costos ocultos a la operatoria del sector.*

–¡En mi lugar harías lo mismo! –le advirtió el funcionario que había solicitado al gestor USD 50 de “voluntad” a cambio de no dejar su expediente en el fondo de la pila—. *A la culpa la tiene el coronavirus, que ha impedido el siempre necesario contacto personal para atender las urgencias de los operadores.*

–¿Por qué siempre me miran cuando mencionan al covid? –se hizo el desentendido un líder chino, mientras censuraba a científicos y periodistas de su propio país—. *La culpa es de quienes se opusieron durante años a la digitalización de trámites. Lo empezaron a hacer recién cuando inexplicablemente apareció el virus y se complicó todo.*

–¡Vieron que yo tenía razón! –se arrojó un programador, mientras

desarrollaba además una inteligencia artificial capaz de automatizar el lobby y el cabildeo—. *Pero a la culpa de todo la tiene el periodismo, por desinformar a la sociedad tergiversando datos y hechos sobre el comercio exterior argentino.*

–¡Qué raro culpar a los medios de comunicación! –ironizaron dos periodistas, que escribieron el prólogo de este libro a cambio de no ser incluidos en este monólogo—. *A la culpa de todo la tiene el autor del libro, por escribir tonterías en lugar de ejercer seriamente la profesión.*

–¡Blasfemos! –los critiqué yo, que acepté el prólogo que escribieron pero, como verán, de todos modos los incluí en el monólogo—. *A la culpa la tiene la clase política, que cambia permanentemente las reglas de juego, impidiendo un ambiente de negocios más normal y sensato.*

–¡Golpista! –me acusó un legislador, mientras “borraba con el codo” lo que acababa de twittear con la mano para poder resistir un archivo de 15 segundos (algo es algo) –. *A la culpa de todo la tienen los exportadores de alimentos, que desabastecen el mercado interno y generan inflación.*

–¿En serio culpan a la exportación? ¿Es una broma? –se ofendió un exportador, que luchaba por colocar un frasco de dulce de leche en la góndola de un supermercado europeo a un precio competitivo y obteniendo rentabilidad—. *A la culpa de todo la tienen los importadores. La mejor tecnología del mundo nos llega a un costo diez veces superior al del país de origen.*

–¡Eso es una falacia! –se quejó un importador, mientras instruía a su proveedor extranjero enviarle la factura en formato Excel para poder editarla a gusto y piacere—. *A la culpa de todo la tiene el Banco Central, que no baja la inflación y por eso nadie sabe cuánto cuestan realmente las cosas.*

–¡Oportunista! –lo acusó el presidente del Banco Central, mientras añoraba la década del ‘80 y mandaba a imprimir 100.000 billetes nominados en 100.000 pesos cada uno—. *A la culpa la tienen ustedes por especular con la distorsión de precios.*

–¡No se vale echarle la culpa al anterior! –le retrucó el importador, mientras acordaba con un agente de carga falsificar la certificación de flete para pagar menos derechos de importación—. *A la culpa de todo la tiene el dólar. El tipo de cambio siempre queda atrasado y no acompaña la competitividad de la economía.*

–¡Tiene razón el importador! –lo apoyó un especulador, mientras

elaboraba un proyecto de ley para reinstaurar la tablita de Martínez de Hoz—. *A la culpa de todo la tiene el dólar, que cuando se queda quieto no nos deja especular en paz.*

–¡You lost your mind! –le dijo George Washington, desde la billetera de un argentino promedio—. *Yo no tengo la culpa de que les hayan vendido espejitos de colores con la convertibilidad 1 a 1 de los años '90. A la culpa de todo la tienen los que votaron al turco e inundaron el país con bienes importados.*

–¡Silencio Tío Sam! –le ordenó un menemista (reconvertido luego en cuanto movimiento político existió durante las décadas siguientes) mientras volvía del exterior con casas importadas—. *A la culpa de todo la tienen los proteccionistas, que con la falacia de “vivir con lo nuestro” hacen lobby para cerrar la frontera, tener cautivo al ciudadano local, y cobrarle precios usureros.*

–¡Vendepatria! –le dijo un proteccionista, mientras multiplicaba por 20 sus precios al consumidor nacional luego de lograr que el Estado restrinja las importaciones que competían con su producto—. *A la culpa de todo la tiene la corrupción, que ha contaminado todos y cada uno de los estamentos de nuestra sociedad.*

–¡Envidiosos! –manifestó institucionalmente el Sindicato Unido de Testaferros, mientras gestionaba un chárter clandestino con tres cargueros Antonov 225 para enviar dólares a las Islas Seychelles—. *A la culpa de todo la tiene el mocoso que empezó todo este debate en lugar de ponerse a estudiar, y nos distrajo de seguir llevando agua cada uno a su propio molino, tal como siempre hemos hecho.*

–¡Tienen razón los testaferros! –gritaron todos al mismo tiempo, mientras estallaba un fuerte aplauso y volvía cada cual a lo suyo.

–¡Claro, el hilo siempre se corta por la parte más fina! –les recriminó el estudiante, mientras su brazo derecho gesticulaba un ademán que los mandaba a dónde el lector ya se imagina.

Agachó la cabeza y dio media vuelta.

Empezó a refunfuñar por lo que acababa de escuchar. Tal vez no comprendía aún que, si alguien se había atrevido a echarle la culpa a la exportación, ¿por qué no habrían de echarle la culpa a él, que todavía era un Don Nadie en la profesión?

Mientras deambulaba por la calle pateando cuanta piedra se encontraba en su camino, recordó con amarga sorpresa lo que habían dicho el

contenedor y el delegado del sindicato de estibadores.

–¡No! ¡Entonces tengo otra respuesta mal!

Como si de contar monedas se tratara para comprar algo con el dinero justo, empezó a calcular si lograría el mínimo de respuestas correctas para aprobar el examen. Los números daban en rojo.

–¡Malditos contenedores!

HECHO EN LA TIERRA

–Primer Ministro Kalash.

–Presidente Samuncle.

Dos de los líderes políticos más poderosos del mundo estrecharon sus manos derechas, y cruzaron sinceras y asertivas miradas.

–Seguramente esta atípica “cumbre” nos tendrá, como siempre, emitiendo posiciones encontradas. Pero es un honor volver a reunirnos personalmente, luego de un largo tiempo.

–Iguales son mis sensaciones –expresó Samuncle–. Ciertamente, ya estuvo bien de tantas reuniones virtuales. Retornar a la presencialidad es un alivio, especialmente en tan apremiantes circunstancias.

La reunión revestía tal secretismo y confidencialidad que, en comparación, el Área 51 y el Grupo Bildeberg semejaban una transmisión de Gran Hermano por televisión abierta.

A los ojos del público y del periodismo, se llevaría a cabo una cumbre más de las Naciones Unidas, y efectivamente era así. Sólo que en su agenda oficial no aparecía una reunión adicional, cuya realización era antes del inicio de la cumbre. Ese día, a esa hora, supuestamente, cada uno acababa de llegar o estaba en su habitación de hotel, o algo por el estilo. Pero no. Estaban ahí; en un lugar que ni el propio narrador omnisciente que cuenta esto sabe.

No era un encuentro extraordinario ni especial de naciones industrializadas, ni de superpotencias desarrolladas. El involucramiento de dos elementos, esenciales para la vida y la tecnología, hizo indispensable la representación de todos los rincones del planeta Tierra.

La participación de cada país o bloque regional en esta particular cumbre era un fiel reflejo de cómo gestionaban sus relaciones exteriores. En algunos casos, al presidente o vicepresidente lo acompañaba su secretario de Estado; en otros, lo acompañaba su canciller u otro funcionario de corte diplomático. Y en otros casos, la representación era de ministros de defensa y funcionarios militares. Sea cual fuere la composición, ésta consistía en un máximo de dos funcionarios por país o bloque. Uno ubicado en la mesa principal, y otro, sentado en un perímetro de sillas alrededor.

Como no había moderador ni ningún procedimiento protocolar habitual, el jefe de estado anfitrión simplemente tomó la palabra a modo de inicio.

–Bienvenidos a todos. Tenemos escasos 45 minutos. Me parece, por lo tanto, conveniente ir al grano señalando la causa, subyacente y de fondo, de que estemos aquí ahora. Una idea con la que, creo, todos estaremos de acuerdo –tomó un breve sorbo de agua–. Hemos fracasado en la Agenda 2030. Los hechos acontecidos durante el último semestre así lo confirman.

Muchos bajaron su mirada hacia la mesa. Algunos, primero la mirada, luego la cabeza. Otros, ni se inmutaron.

–Presidente Kermel, tenemos un camino marcado por 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible. A pocos años de la fecha límite, hemos logrado importantes resultados en casi todos los ODS.

–Estoy de acuerdo con el Canciller Jared Bolson. Quisiera agregar, en esa línea, que no podemos considerar que toda la agenda haya fracasado por el hecho de que en un ODS hubo avances menores.

–“Hubo avances menores” –repitió Kermel, en tono irónico–. Fueron retrocesos, Presidente Samuncle. Retrocesos. En el ODS N° 6 fueron retrocesos abruptos y mayúsculos. Por otro lado, ya veremos si fue sólo en “un” ODS, como usted dice. Porque yo cuento dos, como mínimo.

–Desde mi punto de vista, Presidente Kermel, lo que usted señala contiene dos vectores de gravedad. Primero, los hechos en sí mismos que han llevado a la contaminación masiva de gran parte de nuestras fuentes y reservas mundiales de agua potable. Segundo, que tales hechos se hayan estado ocultando. Los meses perdidos en tomar real cuenta de la seriedad del problema equivalen a los segundos perdidos en una maniobra de reanimación cardiopulmonar.

–Suscribo sus palabras, Vicepresidente Régola. Pareciera que aprendimos poco y nada de las dos últimas crisis sanitarias. No me refiero, obviamente, a si hubo o no acciones negligentes o deliberadas que las hayan desatado; sino a las claramente deliberadas que ocultaron y/o tergiversaron su información. Con esto quisiera, si me permite Presidente Kermel –el mandatario anfitrión asintió–, ir yo también al grano respecto a los otros ODS a los que creo que usted se está refiriendo.

La Canciller Layra-Gonçalves tomó algunos sorbos de agua. Reflexionó acerca del líquido dentro del vaso, mientras lo veía desaparecer hacia dentro de su boca. Tras reposar el continente sobre la mesa, destinó fugaces miradas, que parecieron al azar, a varios funcionarios presentes. En

realidad, no fueron tan al azar.

–¿No era acaso el coltán un problema resuelto? Con esta pregunta pongo sobre la mesa en realidad varios ODS, no sólo uno, ¿no es así? –la diplomática empezó a enumerar con sus dedos–. El número 8, el número 11, el número 12, el número 16. Pero más allá de la Agenda 2030, tenemos desde hace años numerosos marcos normativos, y acciones consensuadas a escala mundial, al más alto nivel, para evitar escenarios como los que tuvieron lugar durante décadas pasadas con la explotación y comercio ilegal de coltán. Hasta donde yo sabía, los minerales de zonas de conflicto eran cosa del pasado.

–Entiendo que se han identificado operaciones irregulares nuevamente. ¿Alguien puede precisar los detalles? –solicitó un ministro centroamericano.

–Es correcto. Se han detectado varias operaciones irregulares. En especial, una que es particularmente irregular –enfaticó Kermel con sus manos–, y representa en definitiva uno de los motivos de que estemos aquí ahora.

–El Presidente Kermel se refiere a diversas operaciones que estaban siendo investigadas –agregó el Ministro de Defensa Koo W. Hung, de origen asiático y aliado político del anfitrión–. Agentes de inteligencia se hicieron con datos concretos y muy específicos del contrabando. Lograron desarticularlo casi por completo.

–¿"Casi"? –volvió a intervenir el funcionario de Centroamérica.

–El coltán estaba embalado en cajas de productos electrónicos, y éstas, cargadas dentro de contenedores. Se encontraron todos al mismo tiempo y en el mismo lugar, excepto uno. Hubo un contenedor que fue encontrado días más tarde, y sin el coltán dentro. Tenía restos del mineral, tal vez por rotura de su embalaje, pero el cargamento en sí ya no estaba.

–Pues es cuestión de seguir buscando –observó una funcionaria sudamericana, con ínfulas de experta en inteligencia internacional–. Además, si gran parte de la operación fue desarticulada, no será difícil llegar a los responsables, tanto de la parte compradora como de la parte vendedora.

–Canciller Nanferdés, si hay cosas que caracterizan a los agentes que llevaron a cabo esta investigación son su perspicacia y, sobre todo, su tenacidad. Son capaces de encontrar cualquier cosa, incluso la más extraña que exista. Hasta podrían encontrar un populista sinceramente preocupado

por la pobreza, con eso le digo todo –la Canciller y otros funcionarios presentes se reacomodaron en su asiento y se miraron entre ellos; otros, se aflojaron el nudo de la corbata–. Si no encontraron aún el resto del coltán, es porque tal vez ya no está... ¡ni en la faz de la Tierra!

El Ministro Koo W. Hung cerró sus últimas palabras dirigiendo su mirada a Kermel, con intención de cederle la palabra. El funcionario anfitrión comunicaría la otra parte de la noticia, que hizo converger a líderes mundiales a esa ultrasecreta reunión.

–Hace unos días, un extraño mensaje fue interceptado por la Estación Espacial Internacional N° 2, que responde a la Oficina de Naciones Unidas para Asuntos del Espacio Exterior.

–¿A qué se refiere con “extraño”? –preguntó Prumt, mandatario de origen europeo.

–Con “extraño” me refiero a que inequívocamente provenía del espacio exterior; algo que ya fue hartamente comprobado. Pero, sobre todo, con “extraño” me refiero a su contenido y su idioma. Estaba escrito en inglés y en suajili.

El cruce recíproco de miradas entre los presentes, todos contra todos, semejava los láser del radar de una alarma doméstica. Kermel continuó con la mención textual de lo que decía el mensaje.

–“Muestras de coltán aprobadas. Aceptamos intercambio por agua”.

–¿Escuché bien? –se inquietó uno de los ministros presentes–. Porque francamente esto es desconcertante.

–¿Qué parte le sorprende? –inquirió Nanferdés.

–¿Por dónde quiere que empiece? –se ofuscó el funcionario, en tono irónico, como sintiendo que lo tomaban por tonto–. No creo ser el único con esta sensación, ¿o me equivoco?

–Vida extraterrestre. Agua fuera de la Tierra. Demanda de coltán desde el espacio exterior. ¿Cuántas cosas como estas han estado ocultas? –se quejó Prumt.

–Eso sin mencionar el propósito del mensaje. Es una propuesta de negocio. Un intercambio comercial –agregó su homólogo de un país vecino.

–Comercio interplanetario o intergaláctico. No sé. Ni se me ocurre qué nombre ponerle. Mencionan además que han aprobado nuestro coltán. ¿Cómo es que recibieron una muestra de nuestro coltán? –planteó Prumt, con incredulidad.

–Esa sería la parte menos extraña. Por lo general, una operación comercial empieza por el envío de una muestra, que es analizada por el cliente.

–Canciller Nanferdés, lo entiendo. Pero nada dice el mensaje sobre el agua. ¿Acaso nos sirve el agua que ellos tienen? Nosotros también seríamos “clientes”; en este caso, de su agua.

–Un momento, un momento por favor –puso reparos Kermel–. No ramifiquemos este tema innecesariamente, ni tan rápido. Empecemos desde lo básico. El escenario que acaba de ponerse en vuestro conocimiento es resultado de graves irregularidades.

–Exacto. En primer lugar, resulta claro que hubo comunicaciones previas a ese mensaje –intervino el Primer Ministro Scottison– y que, además, se mantuvieron ocultas. Sin importar quién empezó la comunicación, aquí hay una evidente infracción a nuestro protocolo de detección de inteligencia extraterrestre. Cuando se recibe un mensaje del espacio exterior, tenemos claros pasos a seguir. Entre otros aspectos, respecto a *quién, cuándo, cómo y en nombre de quién* se responde ese mensaje. En segundo lugar –el funcionario levantó la mano a quien estaba a punto de interrumpirlo, para que le permita terminar–, ¡en segundo lugar!, estando esa comunicación ya avanzada, al parecer, alrededor de una propuesta de intercambio comercial, pongo en tela de juicio la intencionalidad de quienes hayan enviado esa “muestra” de coltán. ¿De veras alguien tiene en mente exportar a otro planeta un mineral que sigue siendo estratégico para nuestro desarrollo tecnológico? ¿Desabastecemos internamente por exportar al exterior?

–Nada distinto de lo que nos sucede en países exportadores de materias primas. Por eso administramos el comercio y cuidamos el abastecimiento de nuestro mercado interno.

–Hable por usted, Canciller Nanferdés. Porque, incluso en su país, no todos coinciden con las políticas de su gobierno –señaló Prumt–. Pero al margen de eso, si no he interpretado mal al Primer Ministro, entiendo que él se refiere a qué objetivo justificaría una operación de tales características.

–Pues supongo que monopolizar el abastecimiento de agua –conjeturó la Canciller Layra-Gonçalves–. Porque el mensaje, en su segunda parte, indica que se acepta el intercambio por agua. Puede significar que estos “extraterrestres” recibieron de nuestra parte la propuesta de exportarles

coltán a cambio de suministrarnos agua. Una cuestión extremadamente sensible en este contexto de crisis hídrica a nivel mundial.

–Estimados colegas, ¿qué tal si nos detenemos un momento aquí? – invitó el Presidente Sanpietro, mientras se quitaba sus anteojos y los limpiaba–. ¿Acaso tenemos dimensión de lo que estamos hablando? Hasta hace unos minutos, muchos de nosotros, o todos, eso espero, no teníamos conocimiento de la existencia de vida extraterrestre. ¿Ahora resulta que no sólo existe, sino que además quieren “hacer negocios” con nosotros? Estamos hablando de comerciar con el espacio exterior. ¿No resulta un poco descabellado?

–Si le parece descabellado que se intente hacer negocios con o en el espacio exterior, le recuerdo que hay gente que hace décadas vende terrenos de la Luna y de distintos planetas.

Al escuchar las palabras de la Canciller Layra-Gonçalves, uno de los presentes casi se ahoga mientras tomaba agua.

–Inexplicablemente hay gente que le compra. Pero no es el único caso. Hay varias empresas que hacen lo mismo –continuó la diplomática.

–El dueño de esa empresa hasta intentó que el FMI reconociera una cierta divisa como moneda lunar –acotó Scottison–. Pero bueno, creo que todos aquí, con los temas que tenemos en agenda, nos tomaremos los “negocios espaciales” un poco más en serio que este personaje, ¿no?

–Así lo espero, porque son varios los personajes. Había uno que intentó cobrarle estacionamiento a la NASA por los alunizajes –recordó Prumt–. Eso por no mencionar a quien pretendía “adueñarse” del sol y cobrar por su uso. Luego dejó de insistir cuando personas que sufrieron quemaduras tomando sol le reclamaron una indemnización por daños⁵.

–Por favor, volvamos a lo nuestro. Mantengamos el enfoque en el problema que debemos resolver –suplicó el Ministro de Defensa Koo W. Hung–. Supongo que todos tenemos claro que la prioridad es resolver nuestra crisis hídrica, y que lo debemos hacer a cualquier precio. Por lo que, si debemos desprendernos de nuestro coltán para lograrlo, pues que así sea.

Muchos lo tenían tan claro como el Ministro Koo W. Hung. Pero algunos aún no lograban escapar de la estupefacción ante la noticia de la vida extraterrestre. Mientras que a otros, que tal vez habían superado esa sensación, los invadía la incredulidad y desconfianza por la propuesta de negocios recibida.

Inexplicablemente, no existían tales sensaciones ante el conocimiento de que no se había desarticulado por completo el comercio clandestino de coltán. Parecía una noticia menor al lado de las dos primeras.

Pero había dos funcionarios en particular, sentados a la mesa, que por unos instantes se mantuvieron al margen del debate. El Ministro de Defensa Flauer había intentado, en varias oportunidades y sin éxito, cruzar miradas con la máxima autoridad militar de una nación africana. La indiferencia del segundo sacó de quicio al primero, que tomó su teléfono y le envió un mensaje.

–¡General Amindi-Idada!

El militar africano bajó la mirada hacia su dispositivo móvil en cuanto sintió la vibración por la notificación de BlackMail (servicio de mensajería instantánea más encriptado que la intranet del Pentágono). La abrió apenas apareció, pero al instante se arrepintió. Ya era tarde.

–¿Qué?

–¿Cómo "qué"? Espero que ese contenedor con restos de coltán no sea de nuestra operación.

–Claro que lo es.

–¿Acaso es una broma?

–Levante la vista. ¿Acaso me estoy riendo?

El funcionario primermundista buscó con furia a su socio africano, y se chocó con su fulminante mirada. Mientras “afuera” de esta conversación continuaba un caluroso peloteo de opiniones, acusaciones y desconfianzas, Flauer volvió a su teléfono móvil para seguir escribiendo.

–Amindi, ese contenedor no sólo debía “desviarse” de la operación. Debía desaparecer.

–Recuerdo muy bien en qué consistía esta operación de contrabando.

–Contrabando de contrabando.

–Lo que sea.

–Ningún “lo que sea”. La operación claramente no salió como se esperaba.

–¿En serio? No me diga.

–Amindi, ¿por qué ese contenedor está en la Tierra? Los aliens iban a llevarse todo: el contenedor con el coltán dentro.

–Eso era lo acordado. Pero a último momento cambiaron de opinión.

–¿Por qué?

–No tenían infraestructura para manipular el contenedor. Les pareció un artefacto inútil y arcaico.

–Encima de aliens, son engreídos.

–Pienso lo mismo.

–Amindi, ¿me quiere decir que estamos metidos en todo este problema por culpa de ese maldito contenedor que no se quisieron llevar?

–No. Estamos metidos en este problema porque somos contrabandistas y corruptos. No le eche la culpa al pobre contenedor. En todo caso, culpe a sus “clientes” por no llevárselo.

–¿Ahora son “mis” clientes? Yo le advertí que no eran de fiar.

–Flauer, no opine con el resultado puesto. Fueron ustedes los que nos dieron participación en esto. Hicieron el típico papel de trader. El contacto inicial fue con usted, le pidieron coltán, usted no tenía, y nos buscó a nosotros.

–Los buscamos a ustedes porque son nuestros proveedores habituales de coltán. ¿Tan difícil era desviar un contenedor de nuestras operaciones clandestinas habituales? Llevamos años haciéndolas.

–Los aliens recogieron el mineral en el Punto Q, según lo establecido.

–Sí, pero recogieron el coltán y dejaron el contenedor.

–Ya le expliqué por qué.

–Debió informarme de inmediato.

–Su gente debió informarle. El Punto Q está en el tramo del trayecto que era parte de su responsabilidad. Nosotros llegábamos hasta el punto P.

–Amindi. ¡No intente separar responsabilidades como si hubiésemos acordado una Incoterm, por Dios Santo! Era una operación de contrabando.

–Contrabando de contrabando.

–¡¡Lo que sea!!

–Flauer, se está poniendo colorado por el enojo. Tranquilícese o se darán cuenta que no está metido en el debate y sospecharán de su conducta.

–Usted también seguro está colorado. Sólo que por el color de su piel no se le nota.

–¡Flauer!

–¿Qué?

–Métase su racismo donde ya sabe.

Flauer no sólo era racista; la xenofobia también lo caracterizaba. Pero

como todo, el hombre tenía sus límites, y éstos eran los negocios internacionales. Cuando de negocios se trataba, no importaba si la contraparte era originaria de un país u otro, ni si era blanca, negra u overa. Lo que estaba claro es que cuando mencionaba a sus nuevos clientes del espacio exterior, referirse a ellos como “aliens” no era precisamente en tono cariñoso.

Mientras tanto, por fuera de BlackMail, el debate continuaba acaloradamente. Un incesante ir y venir de posiciones geopolíticas, económicas y comerciales.

El estado en el que estaba cada funcionario era de lo más heterogéneo a lo largo y ancho de la sala, y mutaba con el correr de los minutos. Aceptación, incredulidad, negación, desconfianza, paranoia; todas las sensaciones divagaban de un momento a otro.

Igualmente cambiantes y dispares eran las interrogantes y especulaciones. ¿Quién había iniciado el contacto? ¿Por qué? ¿Estaban los extraterrestres tan desesperados por el coltán como se estaba en la Tierra por el agua? ¿Era también para la contraparte el agua un recurso escaso y vital? ¿O era un bien abundante, sin ningún valor, del cual podían desprenderse con facilidad? ¿Aceptaron el intercambio por agua por ese motivo, o porque desde la Tierra les habían hecho esa propuesta? Después de todo, establecer los términos de intercambio era clave. ¿Qué cantidades estaban en juego? ¿A cuánta agua equivalía una tonelada de coltán? ¿Cuánto coltán necesitaba la contraparte del espacio exterior? ¿Teníamos suficiente cantidad para abastecerlos? De aceptar el acuerdo, ¿nos quedaríamos sin coltán? ¿Qué valor relativo tenía el agua respecto del coltán, considerando las urgencias en la Tierra y las necesidades de la contraparte extraterrestre?

Si bien el Presidente Kermel no era el moderador de la reunión, había asumido informalmente ese rol más que nada por su condición de anfitrión. En todo momento intentó que el resto participara en el control del ritmo y la dirección del debate. Sin embargo, sí se había tomado la atribución, con previa connivencia de otros líderes presentes, de no divulgar desde un principio toda la información.

La estrategia había sido que, en una primera parte, se pongan sobre la mesa las tres principales aristas del escenario: crisis hídrica, contrabando de coltán, y propuesta comercial del espacio exterior. Para avanzar hacia la segunda parte, era mandatorio un alto grado de conciencia situacional

sobre la primera. La existencia real del problema, la gravedad del mismo, la existencia de vida extraterrestre, lo que implicaba su propuesta de intercambio. Todo debía estar en una etapa de aceptación, entendimiento, responsabilidad y compromiso con la admisión del desafío y la solución del problema.

Los aliados de Kermel, al igual que él, estaban conformes con cómo se estaban dando las cosas. Si bien les generaba cierta suspicacia la casi nula participación de Samuncle y el silencio de Kalash, ejecutaron un gesto, a modo de señal en clave, que le daba a Kermel luz verde para comunicar la segunda parte de la noticia.

Un segundo mensaje había sido recibido del espacio exterior, de la misma contraparte, en el cual se interponía una condición para la concreción del acuerdo. Independientemente de cualquier variable comercial a negociar, había una barrera técnica que debía ser cumplida por parte del planeta Tierra.

Las telecomunicaciones, la navegación aérea y marítima, el inicio del turismo espacial (y lunar en particular), la creciente vigilancia internacional; todos estos ámbitos tenían un factor común. La dependencia de satélites había crecido exponencialmente; al punto de tener en órbita casi el triple de la cantidad existente en el año 2015.

Estos avances nos habían puesto bajo escrutinio extraterrestre. La limpieza espacial era un tema extremadamente sensible para la contraparte del espacio exterior. Hacía ya un tiempo que estaba observando cómo se había incrementado la basura espacial a causa de la sobrepoblación de satélites originarios del planeta Tierra.

La solicitud era clara y concisa. Por un lado, se debía limpiar de manera urgente la actual contaminación espacial. Por otro lado, se debía intercambiar, con la contraparte, información sobre los protocolos de limpieza espacial vigentes en cada planeta.

No pocos países tuvieron a sus representantes expresando un contundente rechazo a estas barreras ambientales interpuestas por los extraterrestres. Naturalmente, el tema fue caldo de cultivo para un nuevo ir y venir de posturas encontradas; incluso entre quienes minutos antes habían expresado ideas comunes y similares sobre otros aspectos.

–Escucho con decepcionante sorpresa vuestras posiciones –señaló un líder europeo, apuntando con sus manos a varios de los que acababan de hablar–, especialmente la de algunos colegas de bloque. Nos ha llevado

años lograr que el desarrollo sostenible sea una condición insoslayable y mandatoria para firmar acuerdos comerciales. En el bloque que integra mi país fuimos pioneros y líderes en ese aspecto. El resto del mundo se acopló; hecho que valoramos y agradecemos. Hoy en día ya se da por sentado que las variables medioambientales serán parte de cualquier negociación comercial internacional. Entonces, ¿cómo es que ahora nos sorprende, y hasta nos despierta resistencia, que una contraparte negociadora interponga estas cuestiones en el acuerdo que nos proponen?

–Pues fíjese qué países se oponen –expresó un canciller del sudeste asiático, sentado justo al frente, a varios metros de distancia–. ¿Le sorprende? Son las naciones con mayor actividad espacial; principalmente con satélites, los principales generadores de basura espacial. Por lo que deberán ser las primeras en tomar el toro por las astas e introducir los cambios que correspondan para reducirla, o hasta eliminarla por completo.

–Ni siquiera sabemos a qué distancia están. Si hay contaminación espacial, es en el sector del espacio que corresponde nuestro planeta, ¿qué les importa a ellos? –se quejó Sanpietro.

–Si desaparecen las enormes reservas naturales de mi país, desaparecen en mi país, ¿qué les importa a ustedes? –retrucó un mandatario sudamericano.

–Las reservas naturales del mundo son indispensables para el equilibrio del ecosistema terrestre.

–El planeta Tierra es a los países lo que el universo, o tal vez una galaxia, es a los planetas –intervino el Vicepresidente Régola–. Tal vez imponen esta “barrera ambiental espacial” porque nuestra basura les llegó a ellos.

–La actividad de los satélites está regulada, y la basura espacial está controlada con altos estándares.

–¡Pues tal vez los estándares de ellos sean más altos! –advirtió Régola, con énfasis–. Y si queremos hacer negocios con ellos, Sanpietro, deberemos ajustarnos a sus estándares. ¿No es ese acaso uno de los beneficios de que un agente económico comercie con el exterior? ¿La posibilidad de elevar sus propios estándares?

–Solo que ahora no es que tengamos la *posibilidad*, tenemos la *obligación*.

–¿Obligación? ¿Acaso existe un marco regulatorio ‘universal’ que hayamos acordado con la contraparte y que debemos cumplir?

–Presidente Samuncle, no se haga el desentendido. Sabe muy bien a qué

se refiere el Primer Ministro Scottison. Si no nos ajustamos a sus estándares de limpieza espacial, no hay acuerdo posible. Efectivamente tenemos la obligación, y ésta es resultado de urgencias que nosotros mismos nos hemos generado.

–Agradezco su apoyo, Presidente Kermel. Quisiera retomar algunas de sus palabras, específicamente ‘urgencias’ y ‘acuerdo’ –carraspeó para aclarar la voz–. Nos ha contactado una contraparte, del ‘exterior’, para negociar un acuerdo, y resulta que nos encuentra desorganizados, sin una posición común entre nosotros –los representantes de un bloque sudamericano se miraron entre ellos, sintiéndose aludidos–. Sin acuerdo interno previo, no hay acuerdo externo posible. Lo cual es más grave aún, considerando las urgencias ambientales en las que estamos inmersos.

–Urgencias ambientales que en muy poco tiempo serán urgencias económicas, sociales y humanas –las palabras del Vicepresidente Régola recibieron un ademán de aprobación de Scottison, y de varios de los presentes–. Importar el agua que nos ofrecen del espacio exterior es mantener el acceso a todo lo que es posible gracias al agua. ¡Empezando por nuestra propia vida! Pero esto llega mucho más allá. Importar agua es, implícitamente, importar alimentos y otras cuestiones básicas.

–Sr. Régola, ni siquiera sabemos si el agua que nos ofrecen es apta para consumo humano o producción de alimentos. Estamos en una etapa muy temprana de toda esta cuestión. Debemos accionar comercialmente, pero asumiendo además que esto no es una venta a cambio de la cual recibiremos un pago en divisas. Esto es un trueque. Así que tanto nosotros como ellos somos clientes y proveedores al mismo tiempo.

–Canciller Bolson, por el mensaje que recibimos, pareciera que ellos lo tienen perfectamente claro. Aceptan nuestro coltán, y aceptan intercambiarlo por agua.

–Lo entiendo Sr. Régola. Pero lo que no dicen es cómo piensan transportar ambos productos, ni de qué tiempos de tránsito estamos hablando. Eso sin mencionar que, por cuestiones de eficiencia y economía, el medio de transporte debería ser apto para transportar ambas mercancías, sin deteriorarlas. Sale con agua y vuelve con coltán, a fin de evitar los extracostos de un flete muerto. Insisto, debemos accionar comercialmente. Así que, como buenos clientes y proveedores, debemos indagar más y a fondo a esta “contraparte comercial” con la que debemos negociar.

–Estoy de acuerdo con ambos. Como primer paso, ni bien finalice esta reunión, debemos avanzar en un plan de acción, con los pasos a seguir – propuso el Ministro Koo W. Hung–. El tema logístico, desde luego, será clave. No puedo ni imaginar la escala de lo que estamos hablando: cantidad de coltán, cantidad de agua, frecuencia de envíos. Escapa a mi imaginación. Pensemos por ejemplo en lo que, hoy en día, implica transportar agua a gran escala dentro del planeta Tierra.

–Tal vez no haga falta transportar el agua. Sí el coltán, pero no necesariamente el agua.

–¿A qué se refiere, Régola? –preguntó Kermel.

–Es una de las cosas que deberemos indagar, como bien dijo el Canciller Bolson. Pero si nos basamos en lo que dice el mensaje interceptado, aceptan intercambio por “agua”. No nos dicen cuál. Puede que sea nuestra propia agua.

–No creo entenderle. Continúe por favor.

–Tal vez lo que ofrecen es un insumo o tecnología que nos permitiría potabilizar a gran escala y velocidad nuestra propia agua. El intercambio sería entonces del coltán por ese insumo o tecnología.

–“Insumo o tecnología” dice usted. Bien podría ser un antídoto.

–¿Primer Ministro Kalash? –comentó Kermel, invitando al mandatario a que se explique; lo logró.

–Hace rato que estamos hablando como si fuese casi un hecho la concreción de esta “transacción comercial”. ¿Es tan descabellado pensar en una conexión entre este contacto extraterrestre, en el que nos ofrecen agua, y la contaminación masiva de la mayor parte de nuestras reservas de agua potable hace tan sólo unos meses? ¿No habrá sido un sabotaje para generarnos la obligación de vender coltán a cambio del agua que nos ofrecen?

–No esperaba estar de acuerdo con usted en algo –reconoció el Presidente Samuncle–. Pero quisiera plantear una posición que quizás subyace y complementa la suya. ¿Sabemos acaso para qué necesitan el coltán? ¿Con qué propósito lo utilizarán? Hago estas preguntas porque me preocupa que les suministremos algo que luego podrían usar contra nosotros. ¿No será esta “propuesta de negocio” que nos hacen, una forma de controlar una materia prima que ellos saben que para nosotros es estratégica?

Un silencio de escasos segundos, pero que pareció eterno, se adueñó de

la sala. El Presidente Kermel no se alejó de lo que semejaba su rol de moderador. Juzgó con recelo las tardías y escépticas intervenciones de Kalash y Samuncle. Le parecieron simplemente oportunistas; similar percepción tenían sus aliados. Los buscó con la vista para que alguno retomara el diálogo, y al instante, su mano derecha gesticuló para darle la palabra al titular de una presidencia confederada.

–Primer Ministro Nikov Kalash, Presidente George Samuncle. Bien se sabe que mi país ha sido históricamente neutral en la agenda geopolítica. Pero los escucho, y la verdad no me sorprende que estas conjeturas conspiranoicas sean emitidas por países altamente involucrados en espionaje y conflictos internacionales de diversa índole.

–¿Negará usted que mis sospechas tienen cierta lógica? –preguntó Kalash, en tono algo desafiante.

–Piensa el ladrón que todos son de su misma condición. Pero seguiré su criterio por un momento. Si de sabotajes se tratara, también podría haber sido interno.

–¿Por qué habríamos de boicotear nuestra propia agua?

–Samuncle, todos sabemos de las investigaciones en curso para desarrollar tecnología de potabilización a gran escala del agua salada. Pero poco se sabe del grado de avance de estos desarrollos. No sabemos en qué etapa están. Tal vez esa tecnología ya está lista.

–¿Cuál es el punto? –preguntó Kalash, con cierto aire de fastidio.

–¿Qué valor tendría esa tecnología ahora, que estamos ante una inminente escasez mundial de agua potable? ¿Cuál sería su valor sin esta crisis hídrica?

–Lo que plantea es un auténtico disparate.

–¿Le parece, Kalash? Simplemente estoy conjeturando conspiraciones al igual que ustedes. Porque, además, si hay un momento para hacer pública la disponibilidad de tal tecnología, ese momento es éste.

–Estoy de acuerdo –señaló el Ministro Koo W. Hung–. Solucionaría nuestra crisis hídrica y nos evitaría tener que desprendernos de nuestro coltán. Podríamos simplemente rechazar esta propuesta de acuerdo que nos llegó del espacio exterior. De todos modos, creo que, sin certezas sobre la disponibilidad de esa tecnología, debemos asimilar la idea de desprendernos del coltán. El plan de acción que definamos luego de esta reunión tiene que tener como pilar el aceptar que, para resolver nuestra crisis hídrica, deberemos desprendernos de nuestro coltán, más allá del

requisito ambiental que nos exige la contraparte.

–Yo no podría haberlo expresado mejor –expresó Régola–. Porque estos hechos llegan en un momento clave en lo que hace a la explotación de coltán. No lo hemos mencionado aquí anteriormente, pero tenemos claros indicios de la existencia de nuevas reservas de coltán en el mundo. Lo que no es tan claro, es por qué tales descubrimientos no tomaron estado público. ¿Especulación tal vez? ¿Nuevas reservas hubiesen implicado un precio más bajo de este mineral?

–Es muy posible. Porque habíamos logrado blanquear prácticamente toda reserva, explotación y comercio de coltán, pero a lo largo de los años su precio no ha dejado de subir. ¿Nuevas reservas hubiesen hecho bajar su precio? Es posible. Pero ahora, con esta nueva realidad que tenemos enfrente, no hay lugar para ningún tipo de especulación –la Canciller Layra-Gonçalves aguardó unos segundos, y al ver que nadie tomaba la palabra, continuó–. ¿Por qué? Muy simple. El coltán no se quedará aquí. Ahora las reglas de juego son otras. Acceder a un recurso estratégico, el agua, a cambio de ceder otro recurso estratégico, el coltán. Escenario que le confiere a este mineral un valor incalculable.

–Pues, en cierto sentido, eso refuerza mi posición –intervino Kalash–. El análisis que usted acaba de hacer sobre el agua y el coltán como recursos estratégicos lo pudieron haber hecho también los extraterrestres. ¿Cómo se traduce aquello en sus acciones de “geopolítica espacial”? También es muy simple de entender. Tomar acciones en espacios exteriores para fabricar oportunidades de negocio; o bien simplemente fabricar ventajas, que luego los posicione mejor ante oportunidades de negocio.

–Kalash, ¿quiere que le recuerde que son originarias de su país las constructoras que primero se presentan a “reconstruir” países devastados por las guerras que ustedes mismos inician?

–Por favor, no intente encontrar similitudes donde no las hay.

–Y usted no intente fabricar enemigos donde no los hay –agregó un canciller asiático, en claro apoyo a los cuestionamientos de su homólogo musulmán, que acababa de hablar–. Esas artimañas puede que le sirvan para su política exterior, pero aquí están en juego otras cosas. Kalash, ni siquiera ha intentado explicar cómo podrían los extraterrestres haber llevado a cabo la estrategia que usted les atribuye. Gran parte del agua del planeta Tierra es no apta para el consumo humano ni para la producción de alimentos, ¿cómo hicieron estos “extraterrestres”, que vaya uno a saber

a qué distancia están, para sabotear específicamente nuestras reservas de agua potable?

–Pues mediante espionaje –señaló Kalash, haciendo un gesto que evidenciaba la obviedad de la respuesta–. Porque complementariamente a su pregunta, yo puedo hacer otra. ¿Cómo sabían que tenemos coltán? Y, por otro lado, si la contaminación del agua fue nuestra responsabilidad y no un sabotaje de ellos...

–La contaminación del agua es nuestra responsabilidad *en cualquier caso* –interrumpió Régola–. Negligencia propia o sabotaje propio, es nuestra responsabilidad. Sabotaje extraterrestre, es también nuestra responsabilidad. ¿Le quedó claro, Kalash? Porque en tal caso, significa que pasaron frente a nuestras narices y nos sabotearon. No supimos defender nuestro planeta.

–Bien, tomo su punto. Pero si no fue sabotaje propio ni de ellos, y fue simplemente negligencia propia, ¿cómo sabían de nuestra crisis hídrica?

–Que hayan ofrecido agua no significa que lo supieran. Tal vez es el recurso con más disponibilidad en su planeta, y ellos lo ofrecen como “moneda de pago”.

–Usted es demasiado ingenuo...

–O usted demasiado paranoico –replicó, casi interrumpiendo a Kalash–. Pero no me sorprende. Tanto usted como Samuncle, líderes antagónicos, tienen sin embargo como factor común una marcada predilección por el espionaje y la intromisión en asuntos ajenos.

–Pues como dijeron recién, piensa el ladrón que todos son de su misma condición –repitió el funcionario musulmán–. Primer Ministro Kalash, Presidente Samuncle. Aún están lejos de haber fundamentado debidamente sus conjeturas sobre estos posibles sabotajes o espionajes. Pero, sobre todo, no han explicado qué...

–Satélites, mi estimado canciller.

–No me interrumpa. No he terminad...

–¡Satélites! –insistió ahora Samuncle–. Espionaje satelital, entre otras tecnologías. ¿Cómo se piensa que hemos descubierto tantas operaciones de contrabando de minerales de zonas de conflicto? Estos extraterrestres, aliens, o como quiera llamarles, se pueden haber valido de satélites para obtener la información que quisieran. Hasta podrían haber hackeado nuestros propios satélites, o bien, usado satélites espías.

–¿Satélites espías? Me suena conocido. Ya existen en nuestra propia

órbita, y son de origen terrestre.

–Pues es una posibilidad muy real que hayan colocado sus satélites en nuestro espacio.

–Dígame Samuncle, ¿tan real como los portaviones que ustedes colocan frente a nuestras costas?

–Seguimos desviándonos del tema con estos cruces y conjeturas –volvió a tomar la palabra la Canciller Layra-Gonçalves–. Creo que lo que iba a decir el Canciller, antes que usted lo interrumpiera Presidente Samuncle, es que aún no han explicado qué papel jugarían sus conjeturas y sospechas en los pasos que debemos seguir ante esta realidad que estamos enfrentando. Porque la cuestión es que, espionaje o no, sabotaje o no, acá la única realidad es esta. En poco tiempo nos quedaremos sin agua potable, aparentemente aún no tenemos medios inmediatos para potabilizar agua a gran escala, y estamos ante lo que pareciera ser una posible solución: el acuerdo de intercambio con el espacio exterior. Debemos enfocarnos en la solución.

–No diré que no está en lo cierto. Debemos enfocarnos en la solución –aclaró anticipadamente Samuncle–. Pero por favor, también debemos llegar al fondo de las causas de todo esto, para no perder de vista posibles amenazas.

–Lo que para usted o Kalash es siempre cuestión de sabotajes, espionaje o amenazas, tal vez tenga una explicación más simple.

–Oh, ¡qué bien! Pues ilústrenos, Canciller –ironizó Kalash, con irritante descaro, que por su temple Layra-Gonçalves supo esquivar.

–Hace algunos años superamos dos crisis sanitarias que para muchos implicó decidir entre salud y economía. Una disyuntiva que, en mi opinión y la de muchos, era improcedente. No sé si plantearlo así fue lo adecuado. Pero lo que sí sé es que ahora estamos ante una dicotomía que sí nos está obligando a decidir entre dos cosas. Para decirlo en pocas palabras, porque esta reunión no puede extenderse mucho más, a cambio de agua debemos entregar coltán y revisar nuestra actividad satelital –la diplomática echó un fugaz vistazo a los presentes, sabiendo la diversidad de creencias que se profesaba en la sala–. No sé si es por acción de Dios, Alá, el karma, el destino, la nada, el todo, o lo que sea en lo que cada uno crea. Pero el desafío que se nos ha planteado, a causa de nuestros propios errores, es un ataque directo a la tecnología. Enmendar ese error implica ahora la disyuntiva “agua o tecnología”. Pero cabe preguntarse, ¿es en realidad una

disyuntiva? ¿Hay alguna duda sobre qué debemos escoger?

–Pues en lo que a mí respecta –intervino el Primer Ministro Scottison, llevándose una mano al pecho–, no hay ninguna duda. Y en este camino que debemos recorrer para solucionar nuestra crisis hídrica, podemos tomar algunas consideraciones tuyas, Ministro Koo W. Hung –propuso el mandatario, dirigiéndole la mirada al funcionario asiático–. Un plan de acción que contemple dos vías de solución. Por un lado, la tecnología de potabilización de agua, a gran escala y velocidad. Por otro lado, hacernos la idea de que deberemos desprendernos de nuestro coltán. Sobre esta alternativa, hay varios aspectos a considerar para el suministro. La procedencia del mineral, desde luego, no podrá ser de zonas de conflicto, primando a rajatabla una denominación de origen basada en el comercio justo. Tenemos las herramientas normativas, institucionales y operativas para lograrlo. Porque esta experiencia nos debe servir también para desterrar, de una vez por todas, el comercio clandestino de coltán y otros minerales de similar criticidad para la industria tecnológica.

–Canciller Layra-Gonçalves, Primer Ministro Scottison. Muy valiosos sus aportes –elogió el diplomático Jared Bolson–. A ellos quisiera agregar, y disculpen si me excedo en la visión comercial ante este escenario, un punto no menor. Estamos ante una posible nueva era de los negocios. El comercio con el espacio exterior. Como toda disrupción en una cierta actividad, debemos tener recursos humanos capacitados para afrontarla. Desconozco si será necesario diseñar un Doctorado en Derecho Universal, una Maestría en Logística Intergaláctica, o un Posgrado en Transporte Interplanetario. Pero lo que sí considero es que los profesionales, de todos los ámbitos, que estén involucrados en este desafío hoy, deben ir sabiendo que tendrán que formar a futuras generaciones para esta nueva era del comercio.

–Canciller Bolson, celebro su visión. No, no es en exceso comercial –evaluó el Vicepresidente Régola–. De hecho, está en sintonía con lo que me gustaría plantear, en este ejercicio de cerrar la reunión con algunos lineamientos preliminares para el plan de acción que desarrollemos. Con el correr de los minutos, empecé a meditar si esta contraparte extraterrestre es la única existencia de vida allá afuera, en el espacio exterior, o si hay otras más. E incluso si, para ellos, nosotros somos los únicos en el universo además de ellos mismos. ¿Habrá otros planetas con formas de vida? ¿Estarán en contacto estos extraterrestres con otros planetas, en búsqueda de los mismos minerales? ¿Tendremos competidores para abastecer coltán

a cambio de agua? Estos interrogantes me llevaron a pensar que deberíamos marcar el origen de nuestro coltán. Debería estar certificado que fue *Hecho en la Tierra*.

Las últimas cuatro intervenciones realizadas por los funcionarios hubiesen dado lugar a un debate extenso y profundo. La impronta más reflexiva y aplomada que le dieron a su discurso despertó en muchos de los presentes una extraña sensación de querer continuar, empezar a trabajar en ese momento y llegar a una solución lo más pronto posible a la crisis hídrica.

Pero no había tiempo, y no era el objetivo del encuentro. La confidencialidad de la reunión iba de la mano con su corta duración. Todos los sabían. Kermel lo sabía. El mandatario anfitrión tomó la palabra para cerrar la reunión y dar pie a que se continúe la labor que en ella se había iniciado.

—Muchas gracias a todos por venir. Se nos ha acabado el tiempo. Nunca fue el propósito de esta cumbre tomar una decisión específica y puntual, sino sembrar las bases para hacerlo. Creo que, especialmente por estos últimos aportes que han realizado, es claro que así lo hemos entendido —el funcionario iba a ponerse de pie, pero desistió para no aparentar el liderazgo que no le gustaba ostentar—. Esta inminente crisis hídrica es uno de los problemas más graves que jamás hemos enfrentado. Según la región del mundo que se trate, hay actualmente seres humanos que están más o menos acostumbrados a la escasez de agua. Está de más hablar de las urgencias políticas que cada uno de nosotros tendrá por resolverla. Es bastante heterogénea la situación en ese sentido, y será importante ayudarnos unos a otros.

Aunque renegaba de su liderazgo, y por ese motivo se mantuvo en su asiento para no aparentarlo, las palabras de Kermel iban contra ese objetivo.

—Igualmente heterogénea es la situación respecto a las otras aristas de este desafío. El coltán del que debemos desprendernos no se encuentra localizado en los mismos países que lo necesitan para sus actividades industriales. Pero al mismo tiempo, la tecnología que lo contiene se usa en todo el mundo. Los satélites que están en el espacio no son originarios de todas partes del mundo, sino de regiones o países específicos. Pero al mismo tiempo, lo que es posible gracias a los satélites, es posible en cada rincón del mundo —aguardó unos segundos para ordenar sus ideas,

sabiendo que sus colegas esperarían en silencio—. Significa que el desafío nos atañe a todos por igual. Esta vez el equipo no es nacional ni regional. Esta vez el equipo es mundial. ¡Un equipo mundial! Es por eso que, de todas las reuniones en la que estuve, nunca fue tan necesario, como en ésta, que estuviera representado cada rincón del planeta —Kermel tomó su vaso y lo levantó—. Y en ninguna otra reunión fue tan evidente, como en ésta, que un debate nos generara tanta sed. ¿Será un mensaje premonitorio que debemos saber captar? Porque veo todos sus botellas y vasos vacíos, al igual que los míos.

La quirúrgica observación de Kermel dejó atónitos a todos. Cada uno atinó a mirar lo suyo y lo de su entorno más cercano. Efectivamente, no quedaba una sola gota de agua en las botellas y vasos de ninguno de los funcionarios presentes.

Los personajes, situaciones y hechos en este libro no tienen ningún carácter denunciatorio.

Fueron narrados a los fines de simple entretenimiento.

Tampoco son vinculantes a las organizaciones, de cualquier tipo o sector, en las que el autor participa o ha participado.

Este libro se terminó en el mes de Mayo de 2021
en Córdoba, Argentina.